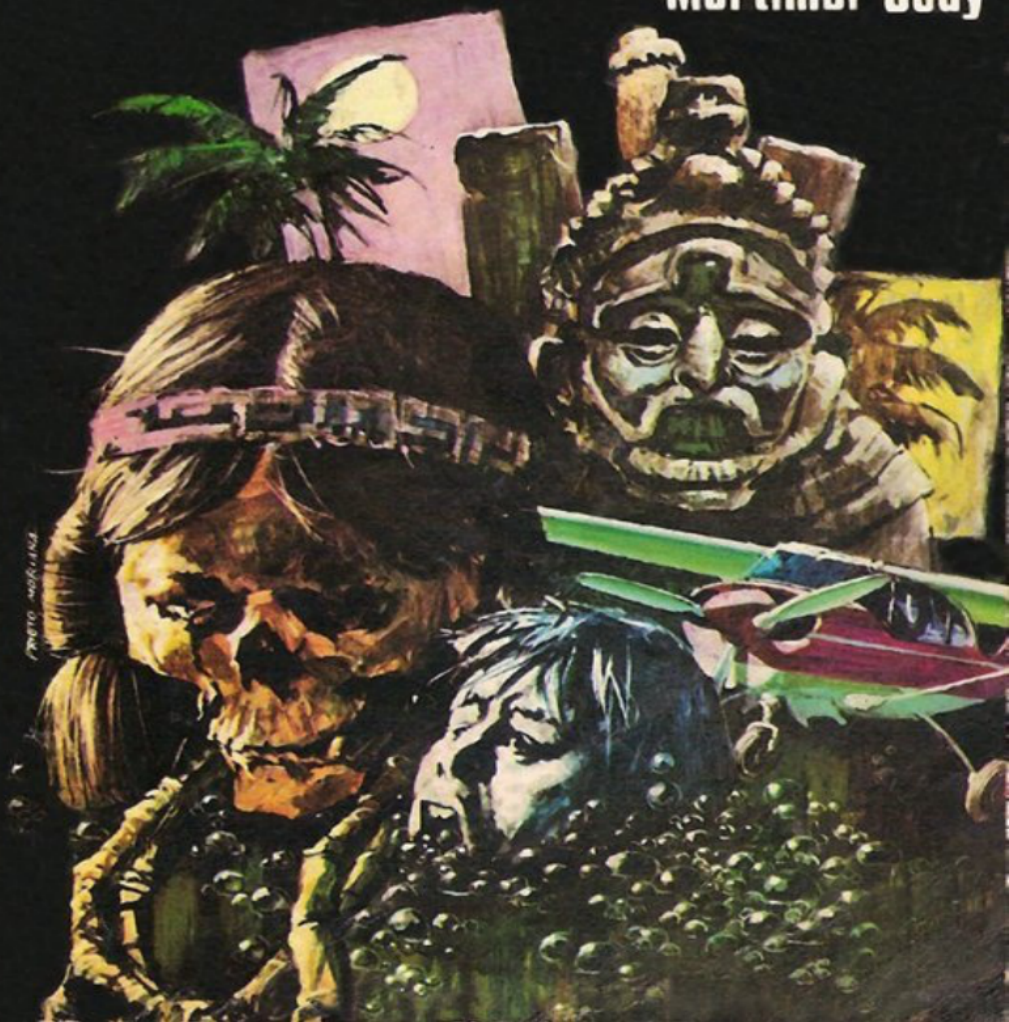


TERROR
R

LA Expedición

Mortimer Cody

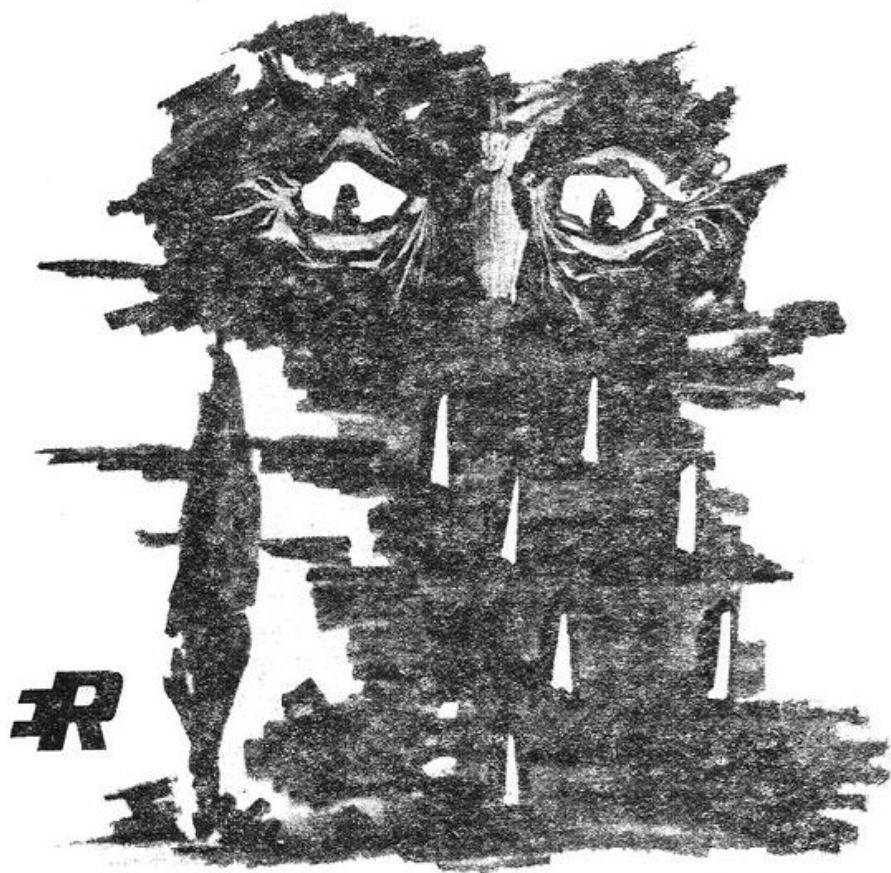


TERROR
R

LA Expedición

Mortimer Cody





R

Terror

© Mortimer Cody

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Pinto (Madrid)
España

Printed in Spain.

D. L. M. 37.167-1972
I. S. B. N. 84-04-01227-X

MORTIMER CODY

LA EXPEDICION

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S.A.
Pinto (Madrid)
España

CAPÍTULO

LA reunión tenía lugar en una rústica cabaña, construida con piedra y barro, en una miserable aldehuela peruana, ya atrás Cerro de Pasco, en la altiplanicie.

En tomo a una desvencijada mesa se apretujaban un poco varias personas, con la vista fija en un mapa. La luz de la vieja lámpara de carburo resultaba insuficiente para alumbrar toda la estancia; así, los rincones quedaban en sombras. Y en las sombras, gruñía un cerdo; en un banco dormitaba un viejo indio quichua; junto al hogar, donde hervían unas verduras extrañas, se encontraba la india, de rostro

impávido, con poncho, y tres sombreros superpuestos, lo cual resultaba un poco exagerado teniendo en cuenta el ambiente, no frío en el mes de mayo.

Se había abierto una puerta chirriante, y aparecieron en la estancia una mujer, vestida de caqui, sahariana y pantalón, suelta la cabellera oscura y un quichua desdentado, pero no viejo.

La mujer se acercó a la mesa.

—Señor Brattain —llamó.

El hombre que hasta el momento había estado haciendo algunas indicaciones sobre el mapa, alzó la vista, para mirar a aquella mujer.

Todos la miraban, en realidad; y también hacia aquella estancia de la que acababan de salir la mujer y el indio quichua.

—¿Sí, miss Eastman? ¿Sigue... mal? —inquirió Brattain.

—Me temo que sí... Germán podrá informar mejor que yo.

Germán era el quichua; un viejo sinvergüenza, sin duda; un bandido montañero durante los crudos inviernos en la altiplanicie. Conocía bien ciertas particularidades de aquella inmensa región.

—¿Qué es, Germán? —inquirió Brattain— ¿Qué tiene el señor Skelton?

—Creo que es "soroche", señor —dijo Germán.

Brattain se acarició la rubia barba, con gesto de preocupación. Los demás, sabiendo muy bien lo que era el "soroche", permanecían en silencio esperando las decisiones de Brattain, el jefe de aquella expedición.

—¿Estás seguro? —inquirió Brattain, mirando al quichua.

—Los síntomas parecen claros, señor... Mareos, angustia... Es el mal de montaña. Muy agudo, además, ya que el señor Skelton empieza a sangrar por la nariz. De seguir así, los oídos le reventarán y no habrá modo de contener la hemorragia... Muchos han acabado así, señor.

—¿No tiene cura en la montaña?

El quichua negaba con lentos movimientos de cabeza.

—¿Entonces? —inquirió Brattain.

—El remedio más inmediato es hacer descender al señor Skelton. Se empezará a encontrar mejor a los dos mil metros; estamos a unos cuatro mil ahora, señor. Sin embargo, puesto que se ha iniciado la hemorragia, no basta conducirlo a tierras más bajas, habrá que hospitalizarle.

El diagnóstico no era, por supuesto, optimista.

Los expedicionarios se daban perfecta cuenta.

La señora Brattain, una guapa rubia, con gafas, dijo:

—Hay que hacer algo, David. Y pronto.

—Sí... Sí, claro... Y, por lo visto, sólo una cosa puede hacerse: conducirlo a tierras más bajas. Y hospitalizarle. Bien... ¿alguien piensa que por este incidente debe suspenderse la expedición?

Miss Eastman intervino:

—No existe razón, señor Brattain.

—Se puede y se debe ayudar a Skelton, pero estoy de acuerdo con mis Eastman —dijo el señor Drebbel, otro de los expedicionarios— No hay suficiente motivo para aplazar la expedición.

Brattain miró a los demás. Parecían conformes con miss Eastman y el señor Drebbel.

—Bien... Tan pronto amanezca, entonces, dos de nosotros acompañaremos a Skelton. El resto de la expedición puede hacer dos cosas. Una, esperar aquí. Dos, seguir adelante y fijar un punto para el encuentro de los dos hombres que dejen a Skelton hospitalizado. Podemos someterlo a votación.

Se oyó la voz de Frank Gatling, entonces:

—Creo que lo más acertado es lo segundo, Brattain. Por lo demás, Halder y yo somos los entrenados en rescate, y los que tenemos más facilidad de movimiento. Propongo que seamos Halder y yo quienes acompañemos a Skelton Tan pronto le dejemos acondicionado, emprenderemos el viaje, para encontrarnos en ese punto que vamos a fijar en el mapa. El resto de la expedición puede viajar con normalidad, ya que nosotros podremos hacerlo con la suficiente rapidez para que no se produzca ninguna demora importante.

Las palabras de Gatling fueron bien acogidas por los demás.

Brattain miró a Halder, e inquirió.

—¿Algún inconveniente, Halder?

—Ninguno. Alguien ha de hacerlo y creo que Gatling tiene razón. El y yo bajaremos a Skelton. Solos, y sin carga de equipo, podremos viajar con rapidez, y encontrarnos en ese punto... Sí, me parece bien. Y, sobre todo, no podemos dejar morir a Skelton.

—Claro que no... ¿Qué equipo necesitan?

Gatling y Halder se miraron. Halder se encogió de hombros, y Gatling dijo:

—Tres asnos y provisiones. No se me ocurre nada más que sea imprescindible. Incluso el grueso de nuestro equipo lo dejaremos con ustedes. Lo importante es viajar rápidos, poder movernos con soltura.

—¿Podrá montar en un asno Skelton? —inquirió Brattain.

—Creo que sí —dijo el quichua Germán— En todo caso, se

pueden fabricar unas parihuelas..., Pero el descenso es peligroso, difícil, en esa forma. Todos han visto los escarpados, los riscos, los tremendos barrancos...

—Por el camino, de ser necesario, tomaríamos decisiones —dijo Gatling.

—Sí, es lo mejor... Quedan unas horas hasta el amanecer, Gatling; vayan pensando si necesitan algo más —dijo Brattain.

—Mientras, destaque en el mapa el punto de encuentro —dijo Gatling.

—Veamos.

Se inclinaron sobre el mapa.

Tras unos momentos de estudio, Brattain dijo:

—El lugar más fácilmente identificable es éste; rápidos de Tamborcillo Grande, en el río Huallaga. Más adelante, nos encontraremos internados en plena selva, y conviene que la expedición esté completa para entonces. ¿Alguna objeción, Gatling?

—No. Me parece bien.

—¿Usted, Halder?

—En Tamborcillo, de acuerdo.

—¿Cuántos días necesitarán? —inquirió Brattain.

—Pues... quizás cinco días... —vacilaba Gatling- Germán dirá si estoy muy equivocado.

El quichua dijo:

—Habrán de viajar muy rápidos; pueden conseguirlo.

Brattain soltó un corto suspiro.

—Magnífico —dijo— Me preocupaba ya Skelton. Por tanto, el plan es ya definitivo; saldrán al amanecer con tres asnos y provisiones. Dentro de cinco días, nos encontraremos en los Rápidos de Tamborcillo Grande. Buen viaje y suerte. Nosotros, una vez allí, quizás realicemos algunas incursiones por la selva, siguiendo la orilla del río Huallaga. Creo que lo mejor ahora es ir a descansar.

Se fue disolviendo la reunión. Los hombres tenían que apelotonarse en una estancia para dormir; los olores no resultaban demasiado gratos, y el sueño iba a ser difícil de conciliar, mientras el maldito cerdo siguiera con sus gruñidos, junto al fuego, hozando de continuo el basto suelo de la cabaña.

Uno de los quichuas se quedó con el enfermo Henry Skelton, y las mujeres utilizaban, solas, otra estancia. Además, deferentemente, se les había proporcionado otra lámpara de carburo. Y allí estaban ambas, en un pequeño cuarto con un camastro sobre el que había unas

mantas carcomidas, que habían sido de vivos colorines.

La señora Brattain se sentó en el camastro; dijo:

—Las cosas no empiezan muy bien, ¿verdad, Kate?

—A mí me parece normal, Liz —respondió Kate— El "soroche" afecta a un buen porcentaje de personas. Digamos que lo raro hubiese sido que ninguno de nosotros resultáramos predispuestos para la enfermedad.

—Eso es cierto... —suspiró Liz Brattain— Pero... me preocupan muchas cosas, Kate. Muchas. Hasta ahora, puede decirse que nos hemos desenvuelto en la civilización, entre lo que estamos acostumbrados... En cuanto estemos en los Rápidos de Tamborcillo, mirando hacia el interior de la selva, no es predecible lo que pueda ocurrir.

Kate esbozó una sonrisa.

—Debes ser optimista, Liz —dijo.

—Lo intento, de veras... Sin embargo...

Liz Brattain se mordió los labios.

Kate meneó la cabeza, viendo asomar las lágrimas a los ojos de Liz-

—Tu padre puede estar con vida, Liz —murmuró.

Liz negó con la cabeza.

—No, Kate... Tú sabes, como yo, como todo el mundo, que esa posibilidad es remotísima; tanto, que no deberíamos tenerla en cuenta. Son tres meses perdido en la selva... Y mi padre, con su expedición, llevaba un equipo mucho mejor que el nuestro.

—Eso es verdad hasta cierto punto. Digamos que las misiones eran distintas, y de ahí que se utilice equipo distinto... —dijo Kate.

—Tienes razón. Estoy demasiado deprimida.

—Es mejor que no mires a tu alrededor, entonces —sonrió Kate, de nuevo, tratando de animar a Liz.

Y de animarse a sí misma, todo hay que decirlo, ya que aquellos insectos de colores, grandes como la palma de la mano, no resultaban simpáticos, precisamente; además, si insolencia llegaba al extremo de que no parecían sentir el menor deseo de abandonar las paredes.

Kate prefirió ignorarlos, y se desvistió lo justo; se quitó la sahariana, pero no los pantalones ni las botas. Liz, por su parte, la imitó. Resultaban dos mujeres distintas; ambas eran hermosas, metidas en los treinta años, pero finas con formas, esbeltas; la mayor diferencia entre ambas radicaba en los ojos.

Liz los tenía grises, amables, serenos. Kate los tenía muy negros;

ojos rasgados, grandes, de mirada profunda, con ribetes, a veces, de insondable pasión; algo indefinible, que convertía a Kate en la mujer con ojos de hoguera. No había duda, pues, de que algo ardía en el interior de Kate...

—Las mantas son repugnantes, Liz, pero es mejor que te tapes —dijo Kate.

—Están llenas de piojos.

—Consuélate, son los únicos parásitos que existen en esta altura. En la selva nos encontraremos bastante más incómodas.

Liz debió de estar de acuerdo con Kate, puesto que se tapó. Luego, Kate se metió en el camastro; estaban un poco estrechas, incómodas, y sin mucho sueño; el cerdo aún gruñía... Kate apagó la lámpara de carburo.

* * *

Parecía que lo peor había quedado atrás. Llevaban casi veinticuatro horas de marcha, y se percibía el descenso. Encarados en un valle, el calor resultaba beneficioso; soplaban un viento cálido, y los asnos pisaban escarcha, que se deshacía bajo sus cascos.

Lo cierto era que allí, entre riscos, picos, barrancos espeluznantes, no existían senderos. Los asnos, con su carga humana, realizaban equilibrios a veces, para evitar despeñarse. Habían dormido bajo una impresionante mole de rocas, y se pusieron en camino cuando el sol, enorme, rojo, aparecía tras unos picos, tiñendo de rosa fuerte todo el ámbito.

Delante, iba Gatling, abriendo la marcha; en medio el enfermo Skelton. Por último, Halder.

Henry Skelton llevaba ya barba de cuatro días; barba cobriza, espesa; tenía los ojos algo enrojecidos, y llevaba unas horas sin que manase sangre de su nariz, ni se hubiese producido la temida hemorragia de oídos.

Por lo demás, los otros síntomas no desaparecían. Skelton pareció inclinarse demasiado sobre el lomo del asno y Halder avanzó un poco para situarse a su altura.

—Skelton...

La mirada enrojecida de Skelton se posó en el rostro de Halder. Este era quizás el hombre más joven y fuerte de la expedición; tenía los hombros anchos, poderosos. Un mentón recio, cuadrado, fuerte cuello...

—¿Algo va mal, Skelton? —inquirió Halder.

—Por lo menos, no muy bien... —dijo, con voz ronca Skelton.

—Dentro de jornada y media llegaremos a algún pueblo en el que, al menos, habrá una camioneta para que puedas trasladarle a algún sitio con hospital. Iremos descendiendo y creo que se sentirá mejor. Germán dijo que a los dos mil metros empezará a notar la mejoría.

—Eso espero... Estos vahídos...

—Si no se siente con fuerzas, podríamos fabricar una parihuelas.

—No. No, no... Esperemos que el asno sepa dónde mete los cascos... Lamento haber sido un estorbo. Lo que me ocurre es algo verdaderamente estúpido, Halder.

—Pudo sucederle a cualquiera de nosotros, no se mortifique por eso, Skelton. Lo importante es que sane.

—Sí... Pero no puedo participar en la expedición.

—Usted partió como miembro de la misma, Skelton. Se supone que eso se le tendrá en cuenta en el momento oportuno. El señor Brattain es una persona noble.

—Lo sé.

—Cuidado ahora, Skelton; agárrese bien al asno. Es un paso difícil. Y no mire abajo, se lo aconsejo.

Skelton se agarró al asno y sí miró abajo. Pasaban por una escarpadura: terrorífica; estaban al borde de un barranco, cuyo fondo ni siquiera podían ver; los enrojecidos ojos de Skelton se entornaron; pareció que el "soroche" arreciaba, ya que se le humedeció la frente. Y tras la ojeada al barranco, miró con el rabillo del ojo a Halder.

Delante, a corta distancia, iba Gatling, muy atento, dada la dificultad del paso, a sí mismo. Gatling se perdería detrás de una roca dentro de unos segundos...

Fue el momento elegido por Skelton. Realizó un movimiento un poco brusco, como si perdiera el equilibrio, como si el vértigo le arrastrara, como si de pronto sufriera una fuerte crisis de "soroche"... Y la reacción de Halder se produjo; avanzó hacia él.

—Skelton, ¿qué le ocurre...? Pare. Llamaré a Gatling, y...

Henry Skelton actuó.

Con una mirada de ferocidad tal, que Halder se dio cuenta de lo que iba a ocurrir, pero ya un poco tarde; lo adivinó al ver aquellos ojos enrojecidos, de mirada maligna... Pero luego, el fuerte empujón que recibió fue el final. Henry Skelton, con todas sus fuerzas, empujó de costado a Halder. Un empujón que arrancó a Halder del lomo del asno, en el mismo borde del precipicio.

De súbito, las rocas parecieron vibrar, el solitario y sombrío paraje iba repitiendo aquel grito agudo, de terror inhumano, de Halder, que descendía a veces por el vacío, a veces chocando contra peñas y rocas. Un grito que se fue perdiendo, enronqueciendo... Sólo quedaban los ecos. Mientras, el asno, con un extraño piafido, había perdido por fin el equilibrio y se despeñaba del mismo modo.

Gatling, parado, miraba hacia atrás, con los ojos redondeados por el espanto, sudoroso de súbito, con una palidez mortal en su rostro. En cuanto a Skelton, estaba aplastado contra el asno y detenido en el borde del precipicio, con una crisis convulsa, a juzgar por los espasmos que sufría su cuerpo.

Gatling, entonces, recuperó la serenidad, aunque estaba aún muy lejos de recuperar el color.

Retrocedió, con sumo cuidado, hasta llegar a la altura de Skelton.

—Dios mío... ¿Cómo ocurrió, Skelton? —musitó.

—N-no... No sé... El asno perdió pie... N-no pude hacer nada... Caía, caía, caía...

Se vio el movimiento de la nuez de Gatling, cuando tragó saliva. Seguía espantosamente pálido, y su mirada parecía querer llegar al fondo invisible, con un destello de obsesión en sus pupilas.

—No podremos rescatarle jamás... —musitó— No existe la menor posibilidad de llegar abajo..

Henry Skelton cerró los ojos y se aplastó de nuevo contra el asno, el animal mudo y estúpido que jamás podría decir la verdad.

Gatling procuró serenarse.

—Ni siquiera podemos detenernos aquí a descansar un poco, Skelton —murmuró— A unas cincuenta yardas detrás de aquella roca cambia el paisaje; tenemos un paso ancho; relativamente cómodo. Allí nos detendremos un poco.

—No me atrevo a moverme —musitó, con voz ronca Skelton.

—Un esfuerzo; no podemos quedarnos aquí.

Skelton respiraba con mucha fuerza.

Los dos hombres, sobre sendos asnos, en aquel borde de roca, parecían dos ínfimas víctimas de aquel apabullante paisaje inmutable. Muy quietos ambos, sobrecogidos, mirando de vez en cuando abajo Gatling, y aún aplastado contra el asno Skelton.

Por fin, Skelton pareció recuperarse un poco.

—S-sí... salgamos de aquí... —susurró.

Gatling avanzaba.

Skelton, detrás.

Era simple estupidez pensar que Halder podía sobrevivir. Pero aun así, en el más improbable de los casos, Halder jamás saldría de aquel profundo barranco.

Y mirando la espalda de Gatling, Skelton parecía sonreír, por entre unos labios algo resecos, agrietados por el frío intenso de aquellas dos mañanas que llevaba de camino. Gatling regresaría a salvo, sí; así estaba escrito.

Gatling se volvió, quizás con esa incomodidad que se percibe cuando una mirada nos observa con excesiva fijeza. Al volverse, ya sólo vio a un hombre de ojos semicerrados, tirado sobre el asno, con aspecto desfallecido.

CAPÍTULO

AQUELLA tarde había caído un fuerte chaparrón, y la selva en peso parecía derramar, aun dos horas después grandes lágrimas, desde las hojas de arbustos, árboles. Había una espesa bruma sobre el río Huallaga, que indicaba tan sólo que se espesaría el calor en las próximas horas. Y que los insectos camparían de nuevo por sus respetos.

Se oían graznidos, rumores; pese a la bruma, podía verse, en el río, en la superficie, los fantásticos saltos de algunos peces; parecían un diminuto meteoro.

Había, en aquella pequeña explanada, dos tiendas de campaña. En el río, amarrada a una estaca, había una balsa muy tosca; se notaba su construcción reciente. Los asnos descansaban cerca de allí, atadas las patas traseras, para que no escaparan, o bien para encontrarse cerca de ellos si era atacados por alguna fiera.

Los botes plegables estaban en pie, rodeando el tronco de un grueso árbol, y brillaban a causa de la humedad, de la reciente lluvia.

El rumor de los saltos cercanos y del río era una especie de música de fondo.

Germán y su compañero quichua, un tal Minaya, se dedicaban a cuidar de los animales, de los pertrechos, y de la cocina. Los demás, en aquellos momentos estaban en un de las tiendas. El señor Brattain, su esposa Liz, miss Kate Eastman, y mister Edward Drebbel, quizás el único científico de la expedición cuyo carácter no era precisamente científico.

Los dos hombres estaban en mangas de camisa, y con un cómodo pantalón corto, caqui. Las mujeres, con blusa pantalón y botas.

Brattain fumaba una pipa, mientras trazaba unas líneas sobre el mapa.

—Toda esta parte del Huallaga podemos desecharla —decía— Cuando lleguen Gatling y Halder, nos prepararemos para ir remontando el río. Una vez lleguemos al lugar donde el curso del Huallaga se aproxima más curso del Ucayali, creo que es el momento de explorar con atención. Recuerden que en su última información, mister Wenhoeck indicaba haber llegado a su objetivo, y que como punto de referencia indicaba hallarse más cerca del río Ucayali que del Huallaga.

—Por tanto, la zona en que debemos buscar se va diferenciando ya —dijo el señor Drebbel— Podemos seguir el curso del Ucayali, ya hemos de encontrar la expedición anterior, antes de que dicho río se una al Mazarrón. Digamos, de todos modos, que son unos cientos de millas. El objetivo, por otra parte, debe encontrarse en esa zona cuya exploración geológica me pertenece, con objeto de desechar terrenos no interesantes.

—Eso es, Drebbel. Su conocimiento de la composición de los terrenos que vayamos pisando, nos ahorrará, espero, mucho tiempo. No en todas partes puede haber oro.

—No, desde luego... Por lo que estoy viendo, sospecho que el hallazgo del señor Wenhoeck debe haber tenido lugar en aluviones. Hoy pueden ser cavernas, que antes estaba bajo las aguas del río. Pero también sospecho que encontraremos muchas zonas con esas características.

—De eso no hay duda -dijo Brattain— Es cuestión de abrir los ojos, pues, para hallar la anterior expedición.

Brattain dirigió una mirada a su esposa, a Liz, y calló.

Liz murmuró.

—Puedes seguir, David. Lo que encontraremos, eso está en el ánimo de todos, serán los restos de la expedición ni padre. Ya me he hecho a la idea.

—Lo siento, Liz. Pienso que debiste quedarte en casa —dijo Brattain.

—En soledad lo hubiera soportado mucho peor.

—Tal vez... Tengo que hablar ahora con Germán. Hay que preguntar si esa balsa que hemos construido servirá para remontar la corriente. La necesitamos para transportar en ella los asnos, y lo más pesado de nuestros equipos. Si esa balsa no resultara suficiente, habrá que talar árboles altos.

Liz comprendió que su esposo sólo quería desviar la conversación, y no insistió. Brattain se puso en pie, y Drebbel le imitó. Los dos

hombres, comentando sobre la balsa, abandonaron aquella tienda. Liz seguía cabizbaja.

Kate Soltó un suspiro y dijo:

—Opino como David, Liz... Debiste quedarte en casa.

—Tengo derecho a estar aquí.

—Eso nadie te lo discute, Liz, pero no creo que sea cuestión de derechos.

—Dime, Kate; ¿qué haces aquí?

—Pues...

—Buscar a mi padre, ¿no es así? Me pregunto si de veras tienes la más remota esperanza de que viva

—Tu padre es mi prometido, Liz —dijo secamente, Kate, con un principio de hoguera en sus ojos, que miraban con fijeza a Liz.

Liz cerró los ojos.

—Perdona, Kate... —murmuró— No he querido molestarte... Sin embargo, a decir verdad, albergo terribles dudas... Muchas veces me pregunto si esta expedición se hubiese llevado a cabo de no haber anunciad mi padre, en sus últimas informaciones, que había logrado el objetivo esto es, que había encontrado el oro. Yo misma no sé si estaría aquí... Es horrible... Sospecho que tú, David, y yo misma, sólo estamos aquí por el oro; apenas cuenta lo que haya podido ocurrir con mi padre.

Kate no se alteró por aquellas palabras.

—Todo lo hemos pensado, Liz —dijo— Sin embargo, ¿podíamos hacer algo distinto a lo que hemos hecho?

Carecemos de noticias de tu padre, y sabemos que éste ha encontrado oro. Disponemos de una expedición de rescate y aquí estamos. ¿Para qué complicarnos la vida buceando en nuestros más recónditos sentimientos? Si tu padre vive le salvaremos; si no vive...

—Sí, Kate, comprendo; sólo esto podíamos hacer. Organizar esta expedición y presentarnos aquí. Lo demás no debe contar.

—Eso creo, Liz... podemos tardar días o semanas, en dar con los restos de la expedición; la selva, no nos engañemos puede... hasta enloquecernos... Desecha ya, ahora, todo lo que has pensado; no cometes el error de seguir pensando que David sólo busca el oro; esa idea llegaría a obsesionarte quizás llegaras a odiarle... A él, a mí, a ti misma... Entonces nada podría ser peor infierno...

Liz asentía con movimientos de cabeza.

—Tienes razón, Kate —dijo— Eres muy sensata.

Kate sonrió.

—Lo veo un poco más fríamente que tú —dijo— tengo que admitido. Tampoco creerías lo contrario, además. Liz devolvió una tímida sonrisa, y replicó:

—Además de sensata eres sincera. Me alegro. Creo ahora tendremos la oportunidad de conocernos mucho mejor, Kate...

—Sí, Liz

Fue una respuesta un tanto apagada.

Liz comprendió; murmuró.

—Pero poco importa que nos conozcamos mejor ¿verdad? Si mi padre ha muerto, tú y yo una vez en Estados Unidos, nos separaremos...

—También podemos continuar siendo amigas. Es más bonito pensar en una larga y fuerte amistad, que en una separación, Liz.

—Otra vez estás en lo cierto... —suspiró Liz— Me alegro de que estés con nosotros. Contigo, soportaré mejor todo esto, Kate, estoy segura. Empiezo a comprender mejor a mi padre, en lo que a ti respecta... Tenía motivos para enamorarse de ti.

Las dos mujeres prestaron atención.

Oían voces en el exterior. Una de las voces parecía excitada.

Kate dejó el pequeño asiento plegable, y asomó por la puerta de la tienda; tras otear unos instantes hacia la brumosa orilla del río, dijo:

—Es Gatling; acaba de llegar.

—Vayamos a ver.

Las dos mujeres salieron de la tienda, acercándose al río.

En efecto, era Gatling; con dos asnos, barbudo, con la ropas empapadas, pálido... Hablaba con Brattain y Drebber los dos quichuas también formaban grupo. Liz miró a Kate y murmuró.

—Creo que algo no marcha bien, Kate...

* * *

Tras las primeras noticias, Gatling había ido directo a su equipo, que había viajado en el grueso de la expedición, y se cambió las ropas empapadas por otras secas, optó también por el pantalón corto. Ya listo, le esperaba un buen café, con unas gotas de "whisky", que le devolvieron un poco su color.

Había terminado su explicación en la tienda que utilizaban los elementos masculinos de la expedición, y también para cobijo de los pertrechos más importantes.

—... imposible rescatar el cadáver de Halder —concluyó.

Hubo cambio de miradas.

—Bien... todos lo lamentamos —murmuró Brattain— Lo importante aquí, es la suma del esfuerzo de todos nosotros... ¿Y Skelton?

—Lo dejé en una aldea, cerca de Nauta. Tenían camioneta, y supongo que habrá sido hospitalizado ya. E más, debe estar en vías de curación. Skelton dijo que regresaría a Estados Unidos en cuanto el doctor que cuida de él le autorice.

—Dos hombres perdidos... —dijo Brattain— Pero eso ya no va a detenernos, supongo. Germán.

—Diga, señor.

—¿Lo de la balsa?

—Creo que ésta será suficiente, si la reforzamos un poco necesitaremos más troncos y lianas. Aparte de los asnos, no transportamos carga demasiado pesada. Por lo demás, con dos botes neumáticos también se puede remontar la corriente. He observado que son lo suficientemente sólidos. Había oscurecido ya; en la tienda brillaba la luz de una lámpara de carburo. Tras reflexionar unos instantes, Brattain dijo:

—Mañana por la mañana nos dedicaremos a obtener los troncos y lianas que necesitamos. Espero que pasado mañana podamos reanudar la marcha, remontando la corriente. Ahora, conviene ir a dormir, y apagar las luces, seremos víctimas de estos malditos mosquitos... En efecto, se oían palmadas a cada instante; los mosquitos eran miles, dentro y fuera de la tienda de campaña. Por lo demás, con la luz de la luna, que brillaba entre unas nubes negruzcas, como rasgadas, hechas jirones, podían arreglarse bastante bien.

Se disgregó la reunión, y al cesar las voces, se hizo más perceptible el zumbido de los insectos; también el fuerte rumor del río y de los cercanos saltos de agua. Dentro de la selva, se percibían graznidos, rumores...

Liz y Kate fueron directamente a la tienda de ambas; sin encender luz alguna. Kate prendió fuego a un cigarrillo, estuvo fumando por espacio de unos minutos. En cuanto a Liz, parecía desvelada, sin la menor señal de sueño.

—Liz, intenta dormir —dijo Kate, abriendo la manta de su saco.

—Sí.

—Hemos perdido ya dos hombres. Imagino que, aunque por ahora nos tratan con mucha deferencia y cortesía acabarán pidiendo nuestro esfuerzo —dijo, un poco irónica Kate— Habrá que estar

preparadas para ese momento. Dentro de una semana, todos seremos iguales.

Liz se estremeció. Kate, una vez más, debía estar en lo cierto. Dentro de una semana, tal vez anduvieran perdidos en la selva; el cansancio, el nerviosismo, haría mella en los hombres, y ellas podían ser las víctimas de las circunstancias... Un panorama desagradable, pero que había que tener muy en cuenta, ya que tenía muchas probabilidades de convertirse en realidad.

Y sin sueño, muy preocupada, a disgusto, inquieta por todos aquellos rumores de la cercana selva, Liz se metió en su saco.

—¿Duermes, Kate? —inquirió, dos minutos más tarde, Liz.

—Cuando me dejes... ¿Te ocurre algo?

— ¿Has oído hablar de los bandidos de la sierra?

—Ya no estamos en la sierra, querida, sino en plena selva — protestó Kate— Durmamos.

—Perdona.

—Has debido tomar un "whisky" doble, Liz. Pero aún estás a tiempo si te apetece.

Liz no respondió. Kate, poco después, parecía haber caído en un dulce y reparador sueño, mientras que Liz seguía con los ojos bien abiertos. Zumbaban los insectos, oía el rumor de los saltos; todo eran sombras en el exterior, casi todas móviles; brisas, grandes hojas balanceadas.

* * *

Aquellos quichuas tenían gustos muy particulares a la hora de elegir un lugar para dormir. Minaya había optado por estar cerca de los asnos, ya que estaban de lleno bajo su responsabilidad, y quería ganar los cuatrocientos soles que habían prometido aquellos americanos. Por tanto, sin despojarse tan siquiera de su raro sombrero, se había fabricado un lecho cerca de donde estaban los asnos, y allí había dormido.

Germán prefería estar en un lugar un poco más despejado, y optó por ir hacia el árbol en cuyo tronco estaban apoyados los botes, en pie, escurriendo el agua de la lluvia; aún no estaban completamente secos, dada la tremenda humedad del ambiente, junto al río, que seguía sus saltos, imperturbable.

Germán se había dormido también. Todo el campamento parecía dormido.

De ordinario, el quichua Germán tenía buen oído; lo malo es que los sentidos se embotan con el sueño; lo que uno cree fantasías son realidades, y viceversa; estando en plena selva, por ejemplo, puede ser una fantasía, un simple ensueño, el siseo de una serpiente...

Pero también puede ser una realidad.

Puedo serlo, sí.

Germán, con la cabeza muy cerca del tronco del árbol, y de costado, tenía aquella pesadilla; una serpiente siseaba muy cerca de él; hasta creía recibir en el cuello un extraño aliento.

Se removió un poco.

Y al instante, creyó sentir una fuerte opresión sobre el brazo izquierdo; y el aliento se intensificaba sobre su cuello. Era una pesadilla tan real, que Germán despertó, inquieto sudoroso, con un grito ronco.

Un instante más tarde, quedaba inmóvil, con la mirada fija en la pequeña cabeza de la serpiente, que estaba enroscada en su brazo izquierdo, y con la cabeza oscilando de un lado a otro, junto a su cuello. Percibía los siseos de crótalo. Veía a éste a punto de atacar, una serpiente no muy grande; quizás yarda y media de longitud.

La lengua bífida del reptil parecía ser la antena que daría la señal de ataque.

Germán, ante la inminencia de la mordedura, inevitable chilló, aterrado.

Fue el suyo un grito agudo, largo; la víbora, entonces precipitó el ataque. La cabeza salió lanzada contra el cuello del quichua; quien perdió el conocimiento, y quedó tendido, con la serpiente encima, atacando de nuevo.

Por lo demás, los gritos de Germán habían puesto en movimiento a todo el mundo. Y la primera en llegar al lugar donde se encontraba el quichua fue Liz, por una sencilla razón: no había pegado ojo en toda la noche, y ya había oído el primer grito ronco de Germán, emitido al final de su pesadilla, que había resultado real. Entonces Liz ya había abandonado el saco. Y para salir, tomó un rifle, aunque ella sabía muy bien que el arma le serviría para poco.

De todos modos, Liz llegó sólo con ligera ventaja; estaba mirando a Germán, sin comprender, cuando llegó Brattain, con una potente linterna. Detrás, Minaya; luego, los demás, siendo la última Kate, que tenía los ojos muy abiertos. La linterna, manejada por Brattain, recorrió un pequeño trecho aquella zona.

Hasta que vieron a la serpiente; un "coralillo" de colores en verdad sorprendentes por su hermosura, por su tono brillante y vario.

La serpiente, al ser herida por la luz, se irguió, y su lengua bífida lanzó la terrible amenaza.

Casi al unísono, entonces, las armas de fuego empezaron a tronar.

Dispararon el propio Brattain, Gatling, Minaya...

El reptil, alcanzado por los disparos, empezó a retorcerse, destrozado; casi partido por la mitad., seguía con fuertes coletazos; aún muerto, seguía su cola dando desesperados bandazos. Minaya, cuando el reptil resultaba inofensivo, fue hacia él, lo tomó, y se acercó al río, echándolo al agua; la corriente lo arrastraba rápidamente.

Liz, estremecida por el asco y el miedo, sintiendo fuertes nauseas, emitía unos extraños gemidos, grititos...

—Por favor, Liz, serénate —pidió Brattain.

—S-sí... sí, sí...

Kate se acercó a ella.

Mientras, Gatling y Drebbel se habían acercado Germán, y bastó un leve examen para emitir el diagnóstico, fue Gatling muy lacónico por cierto.

—Muerto —dijo tan sólo.

Liz volvió a gemir.

—¿Quiere llevarla a la tienda, miss Eastman? —pidió Brattain.

—Sí... sí, desde luego... —musitó Kate, que parecía bastante más entera que Liz Brattain.

Las dos mujeres se alejaban. Gatling musitó.

—Dos mordeduras mortales, Brattain. El "coralillo" es quizás una de las serpientes sudamericanas más mortífera:

Minaya ya había llegado junto a ellos, y los cuatro hombres contemplaban el cadáver, con creciente aprensión creciente, porque aquella selva les envolvía; cada graznido parecía una carcajada burlona dirigida a ellos; cada rumor, una amenaza...

Brattain se humedeció los labios y murmuró.

—Habrà que montar vigilancia... Hay que tener en cuenta peligros que hasta ahora ignorábamos. Minaya, no dormirás a la intemperie en lo sucesivo. Y pido a todos ustedes qui no pierdan la serenidad. De no estar en la selva, esto n ocurriría; en la selva hay fieras, y habrá que tenerlo en cuenta.



3

CAPÍTULO



LO poco que faltaba para el amanecer, fue empleado por aquellos cuatro hombres para enterrar a Germán. Y con la llegada del día, en su ambiente bastante sombrío, se intensificó el trabajo, aun cuando en un par de ocasiones tuvieron que retirarse, y correr a la tienda, a causa de sendos tremendos chaparrones, que parecían ir a arrasar la selva; la fuerte lluvia iba acompañada de viento, y algunos arbustos cedieron, se desgajaron.

En la segunda ocasión, la balsa estuvo a punto de escaparse por el río, y Gatling y Minaya tuvieron que correr para sujetarla con más

fuerza, y clavar la estaca lo más hondo posible.

Luego, lució el sol, y los cuatro hombres pudieron dedicarse a la construcción de la balsa, a reforzar la antigua.

Dieron el trabajo por concluido a media tarde, y, agotados, se metieron en la tienda; sólo para beber un poco de agua y fumar unos cigarrillos. A Minaya aún le quedaba coca de mascar, y el olor dominaba incluso el del tabaco. El quechua, desde la muerte de Germán, parecía menos seguro de sí mismo, y sus ojillos buscaban siempre en torno, con clara inquietud. No era el único, de todos modos.

—Habrà que ultimar los preparativos esta noche —decía Brattain — Mañana, en cuanto amanezca, saldremos río arriba. Minaya irá en la balsa, con los asnos y la carga más pesada; los demás, en los botes. ¿Hay peces peligrosos por estas aguas, Minaya?

El quichua dejó escapa- un hilo de saliva impregnada en coca, y negó con la cabeza, luego dijo:

—Hay variedad de peces entre ellos el pez-perro, pero no atacan, pese a su aparente ferocidad.

—¿Pirañas?—inquirió Drebbel.

—No. Las hay en el Mazarron cuando se une al Amazonas, pero no en este río. No creo que haya riesgo al respecto.

—Ya es algo —rezongó Gatling — No parece que hayamos iniciado las cosas con buena fortuna.

Brattain respondió.

—Es sólo cuestión de vigilar, Gatling... Todo irá bien.

Gatling se puso en pie; le imitó Drebbel, y Minaya. Los tres se dirigieron hacia la salida de la tienda, dejando solo a jefe de la expedición, con un cigarrillo entre los labios, y la mirada fija en el mapa, donde estaba trazado el curso de Huallaga. Para acercarse al Ucayali habría que atravesar una amplia faja selvática.

No quiso que en su mente quedaran las dudas, y plegó el mapa.

Iba a salir también, tras guardarlo en una carpeta cuando hizo su entrada en la tienda Liz.

Brattain la miró, con cierta sorpresa.

Liz iba muy bien peinada, con la ropa limpia, y hasta se había maquillado ligeramente; además, esbozaba una sonrisa. Se acercó a su marido, y silenciosa, le rodeó el cuello con ambos brazos; se empinó un poco sobre las puntas de las botas, y le besó en los labios. Brattain lentamente, fue cediendo, y sus manos un poco nerviosas aferraron a la cintura de Liz, muy esbelta, por cierto. Y fue él quien la besó, entonces. Un beso que deshela el alejamiento forzoso de los últimos

días. Liz, entonces, respiró hondo. Y Brattain musitó.

—Veo que estás más animada, Liz... Lo celebro.

—¿Nos sentamos un poco, David?

—¿Por qué no? Pero no me gustaría que nos sorprendieran... Sigo pensando que tu presencia aquí es una imprudencia, Liz.

—No soy la única mujer en la expedición... —sonrió Liz.

—De todos modos...

—Iba a hablarte de eso, David —cortó Liz— Y... quería pedirte algo.

Liz vacilaba entonces. Brattain la contemplaba con fijeza. Brattain, con el brazo derecho, rodeó el cuerpo de Liz, la atrajo, la volvió a besar, Liz, en aquellos momentos, pareció resistirse un poco.

—¿Qué quieres pedirme, Liz? —inquirió Brattain.

—David... piensa antes de responder: volvamos a casa.

Brattain pestañeó.

Su brazo fue soltando a Liz. Luego, quedó con el ceño fruncido, mirando hacia un punto perdido. Aún encendió un cigarrillo, antes de mirar a Liz, e inquirir.

—¿Por qué, Liz?

—Todo esto es... es muy inquietante... Empiezo a vivir aterrada, David; tengo miedo... No sé qué pensarás de mí, pero lo que ocurre es ya demasiado; hemos perdido tres hombres... Ya sé que la fantasía es libre, y muy abundante, por desgracia. Pero... incluso he empezado a pensar en la maldición del oro... Mi padre, y su expedición completa, se pierde en estas selvas. Nosotros no seguimos mejor camino. E... es la maldición del oro, David... Lo presiento...

Brattain miraba con mucha fijeza a Liz. En aquellos momentos, Brattain no presentaba su habitual buen aspecto, con la barba descuidada, un poco desgredado, causa de la lluvia recibida, con las ropas sucias...

—Eres inteligente, Liz —dijo, por fin— Tienes un cerebro y una cultura... ¿Cómo es posible que menciones esas majaderías? No puedes pasarte, sin más, a la legión de los supersticiosos.

—¿Sin más? ¿Y los tres hombres que hemos perdido

Brattain meneó la cabeza.

—En primer lugar, Liz, no son tres; son sólo dos —dijo. Porque Skelton sólo está enfermo. Por lo demás, la enfermedad la ha contraído mucha gente en estas montañas, no es enfermedad patrimonio de los miembros de expediciones extranjeras... Tenemos a Halder; es... una mala suerte, Liz. Sólo mala suerte. Se despeñó por un

precipicio que... Ya se lo oíste contar a Gatling. En cuanto a lo de Germán, ya lo dije ayer; habrá que tener en cuenta los moradores de la selva, a las fieras dueñas de este "habitat"... Un hombre se ha despeñado y otro ha sido atacado por una serpiente... ¿No son lógicos estos sucesos ¿Dónde está la maldición del oro?

—No sé... Pienso que... que aún pueden ocurrir más cosas... Abandonemos, David, te lo suplico.

Brattain negó con un seco movimiento de cabeza.

—No, Liz —remachó.

—¿Tanto te importa el oro? —musitó ella.

—Y buscamos a tu padre.

Liz iba a responder, pero optó por morderse los labios, recordó en aquel momento el consejo de Kate; olvidar sus obsesiones... Prefirió, por tanto, no decir a David que éste sólo sentía interés por el oro. No lo dijo, no...

—Mi padre ha debido morir, David —murmuró.

—No nos consta.

—Bien...

—Si quieres regresar tú, Liz, tienes tiempo de hacerlo.

—Y seguirás sin mí, David?

—No dramaticemos, Liz, por favor... Organizamos una expedición por algo muy concreto; estamos aquí. Pasamos dificultades, como se pasan en todos los órdenes de la vida. Y dondequiera que uno esté... Son dificultades a vencer; son estímulos.

—Y al final, el oro, ¿verdad?

—Al final, lo que sea, Liz.

Liz inclinó la cabeza y permaneció en silencio.

Brattain tras observarla unos instantes, dijo:

—Sólo te has arreglado para pedirme que abandonásemos, Liz... Tu... pequeña coquetería, que me ha revitalizado antes, sólo ha sido un ardid para pedirme algo...

—Para mí, es muy importante, David. Yo... yo no deseo el oro. Yo te amo a ti. ¿Lo comprendes? Temo perderte... Temo perderlo todo en esta infernal selva, David... sólo hemos dado los primeros pasos y ya ves lo que ocurre., procedamos antes de que sea tarde, antes de que la locura nos invada, antes de que nos quedemos aquí para siempre.

—No tengo el menor interés en permanecer en estas selvas más tiempo del indispensable, Liz.

—Si todo dependiente ti...

—En cierto modo, depende de mí; soy el jefe de 1 expedición.

—Tu voluntad no lo podrá todo, David.

—Te estás refiriendo a la maldición del oro, ¿verdad? No insistas con eso, te lo ruego, Liz... Y... si esto es todo lo que teníamos que hablar, siento tener que dejarte. Hay mucho trabajo que realizar aún. Otra cosa, Liz... Puesto que contamos con menos brazos de lo previsto en principio, tú y miss Eastman tendréis que colaborar mientras estemos remontando la corriente del río.

Se puso en pie.

Liz le miraba. Otra vez Kate había estado en lo cierto, les exigirían colaboraciones. Se cegarían cada vez más, a causa del mal de la selva, de la gran soledad.

—No te preocupes por eso, David —musitó Liz— Soy fuerte.

—Lo siento, Liz, pero...

—De veras, no me importa ayudar.

—Gracias.

—Un momento, David.

Brattain, que ya había dado dos pasos hacia la salida, se detuvo mirando a su esposa.

—¿Vas a insistir?

—No... No es eso. Quiero decirte que no te conocía lo suficiente. Nunca pensé que la ambición llegara a cegarte. Te suponía una personalidad más recia. Eres amable inteligente, culto... pero algo fallará si seguimos adelante.

Brattain había fruncido el ceño, pero debió pensarlo mejor; era absurdo enzarzarse con Liz en una discusión sin fin. Por tanto, eligió el camino más sensato para dar aquella desagradable conversación por finalizada; inclinó un poco cabeza para salir, y salió de la tienda sin despegar los labios, dejando a Liz sumida en sus negros presagios, en supersticiones y presentimientos, que antes habían estado siempre muy alejados de ella. En el exterior, se oía trabajar; se oía a aquellos hombres... La balsa estaba ya lista, y tenían que acondicionar la carga, para la ya próxima partida corriente arriba. Liz pensó que quizás le haría bien estar con Kate, y abandonó también la tienda. Miró, estremecida, a su alrededor, aquél no era el ambiente más apropiado para ella... Aquella selva que parecía inaccesible, por más que se empeñara en lo contrario; la humedad, los mosquitos, los rumores de amenaza aquí y allá... El cielo, que de pronto formaba un remolino negro, y dejaba caer un aluvión de agua...

Caminando despacio, Liz se dirigió hacia la tienda que compartía con Kate Eastman. Kate estaba sentada en el borde de la mesita

metálica plegable, fumando un cigarrillo, pensando en sus cosas; al ver a Liz, espió su rostro y luego meneó la cabeza.

—¿Hala salido mal, ¿verdad, Liz?

—Sí... —respondió, con un hilillo de voz, Liz.

—Te lo dije. No me tengo por una mujer culta, pero alguien me dijo una vez que el oro era el elemento de transmutación de los secretos de la alquimia. Y que lo primero que sufre esta transmutación es el propio hombre

—Debe ser cierto... ¿Qué puedo hacer, Kate?

—Nada. Sigue la corriente. Sigue a tu esposo.

—Supongo que es un buen consejo.

Y distráete; será mejor que preparemos la cena para expedición —dijo Kate— ¿Vamos?

—Mañana tendremos que remar.

—Es lógico. No creo que nos siente mal, de todos modos.

* * *

La expedición parecía, por fin, haberse despedido de la mala suerte. Llevaban dos días de navegación, río arriba, y hasta el momento todo eran facilidades, ya que el caudal agua se mostraba navegable, tranquilo, sin peces feroces. Ni un solo incidente turbó la relativa calma de la expedición, que iba aumentando la confianza en el éxito final.

De todos modos, faltaba ya muy poco para llegar al lugar donde deberían abandonar el río, y atravesar la faja de selva que les acercaría al río Ucayali; por los alrededores, en un radio de cincuenta millas, deberían encontrar lo que buscaban, una vez junto al Ucayali.

Desde la balsa, que había resistido perfectamente los embates de la marcha, el jefe de la expedición, David Brattain, había hecho una señal, y los botes, entonces, así como la propia balsa, gobernada por Minaya y Brattain, se dirigieron hacia una orilla vadeable, donde la selva parecía alejarse un poco, de modo que podrían establecer una acampada, y descansar una jornada completa. Llevaban buena marcha, y era absurdo agotarse.

Llegaron los botes, con Liz, Kate, y Gatling y Drebbel. Luego, hizo su arribada la balsa, y entre los que estaban en tierra, que ya habían plantado la estaca, la amarraron mientras Brattain hacía descender los sufridos asnos, y Minaya y los demás se encargaban de trasladar a tierra tiendas de campaña, y todos los bártulos necesarios parra la

acampada.

Una hora más tarde, estaba montado el pequeño campamento; a media tarde, y en un lugar que parecía incluso salubre, con la selva alejada cosa de treinta yardas, como si los árboles, las hierbas, los arbustos, todas aquellas plantas salvajes, no se hubieran atrevido a traspasar un límite invisible.

Mientras Minaya acondicionaba a los animales, y las dos mujeres se ocupaban de preparar comida para la expedición, Drebbel, siempre atento a su trabajo, caminó como un centenar de yardas, curso arriba, y poco después llamaba a gritos a los demás.

Llegaron junto a Drebbel, pálidos, con los ojos muy abiertos, esperando tener que enfrentarse a algún peligro... Drebbel les tranquilizó de inmediato.

—Vean todo esto...

El primero en inclinarse fue Brattain, quien exclamó.

—¡Estuvieron aquí!

Muy interesados fueron descubriendo restos del paso de una expedición. Botes de conserva, saquitos de harina y azúcar vacíos, colillas, huellas...

Todo mostraba la huella del tiempo transcurrido, y de los elementos, pero eran demasiados detalles como para pensar en algo casual, en que todo aquello podía haber sido arrastrado por vientos o corrientes de agua hasta allí.

Brattain, ya en pie, recorriendo aquel terreno con la mirada, decía.

—Magnífico. En algunos momentos, había llegado a dudar de que siguiéramos el camino correcto, pero ésta es la prueba de que andamos detrás de los pasos de la anterior expedición. Y estoy seguro de que en adelante encontraremos más huellas.

Puesto que lo único que había allí eran restos inútiles, cuyo único valor era la prueba de que estaban en el camino correcto, los expedicionarios, tras un registro del terreno, por si hallaban algo de mayor interés, volvieron a acampada.

La noche se echaba encima con rapidez, y volverían los graznidos, las amenazas, los rumores, quizás un chaparrón.

Antes de cenar, los cuatro hombres se habían reunido en su tienda, con luz de carburo, del que tenían buena provisión, y ante el mapa desplegado, Brattain realiza señalizaciones. Y dijo:

—Otras dos jornadas río arriba nos dejarán en el lugar en que deberemos atravesar la faja de selva... Creo que será lo más duro. Lo que me estoy preguntando, Drebbel, es cómo podremos encontrar

aluviones y cavernas, sin llegar a Ucayali.

—No es tan difícil, Brattain. Me he forjado ya una teoría al respecto. Imagino que esas cavernas y aluviones la encontraremos, si acierto, casi en plena selva, por tratarse del curso de algún arroyo ya seco, que ha dejado al descubierto las riquezas que arrastraba; las ha depositado en tierra... Puede ser un afluente del Ucayali, o del Huallaga, aunque hay que inclinarse por el primero, según los últimos informes que recibimos de Wenhoeck.

—Comprendo. Entonces, atravesando la selva encontraremos el curso de un arroyo seco. Y allí estará que buscamos.

—Es una hipótesis, Brattain.

—Pero creo que muy verosímil. Incluso yo diría que no puede ser de otro modo. Sí, eso es... Un cauce seco... Y a está el oro.

Había mucha excitación en los ojos de Brattain, con un brillo nuevo en el azul de sus pupilas. Minaya parecía indiferente, aunque pensaba en sus cuatrocientos soles, sin duda alguna. Gatling permanecía inexpresivo. Y Drebbel daba la impresión de sentirse satisfecho.

Fue la propia Liz quien avisó para la cena, y mientras los demás salían, quedó a solas con su esposo, mientras éste doblaba cuidadosamente aquel plano, dejándolo entre las hojas de una libreta de duras tapas, donde iba consignando todos los datos de la expedición, en un "diario" bastante completo, sin incidencias importantes en los últimos días.

—Liz... lo tocamos ya —musitó Brattain, mirando con intensidad a los ojos de su esposa.

—Me alegro por ti, David —murmuró ella.

—Escucha... parece que nos hemos distanciado un poco pero...

—No, no. No te preocupes, David. Comprendo que te preocupen tus cosas, la expedición, la marcha, la seguridad de todos.

—Te agradezco que seas tan comprensiva. Si seguimos avanzando a este ritmo, y tenemos un poco de suerte, antes de una semana hemos llegado hasta el oro.

—Si... David... hay algo que... no me podrás negar.

—No pienso negarte nada en lo sucesivo.

—Si encontramos el cadáver de mi padre, ¿podremos trasladarlo a Estados Unidos, para que reciba sepultura?

Brattain pestañeó; se irguió un poco.

—Desde luego... —dijo—Prometido.

Ella le miró a los ojos.

—Gracias... —dijo, quedamente.

Y salió, dejando a Brattain un tanto cortado. Liz ni siquiera se había entusiasmado con la idea de llegar hasta el oro. Brattain tuvo conciencia entonces de haber olvidado por completo a Wenhoeck, y el aspecto humano de la expedición.



4

CAPÍTULO

ERA un amanecer perfecto.

Se oían cantos de toda clase de pájaros, refugiados en la cercana selva; los rumores parecían más amables. No había bruma sobre el río, y aunque la corriente era rápida, por las cercanías habían remansos en absoluto peligrosos.

En la tienda, Kate, mientras Liz aún dormía, agotada por el insomnio de las últimas, jornadas, se levantó y buscó útiles de aseo;

hizo un lío con la toalla, y salió al aire libre, mirando en torno. Luego, echó a andar, río arriba, en busca de algún remanso que sirviera para sus propósitos.

En aquellos momentos, la soledad no asustaba a Kate; la prefería. Y se sentía fuerte, bien. La idea de un baño en aquellas soledades, en aguas frescas, transparentes, bajo el sol rojo que había salido poco antes, le producía un indefinible placer.

No se alejó demasiado, pero se encontraba en un remanso tal como había imaginado, lo cual aumentó su satisfacción. Se desnudó rápidamente, dejando las ropas entre dos peñas, entre las que crecía vegetación, y introdujo en el agua, tras haber comprobado que no existían peces peligrosos en el lugar; sólo pequeñas bandadas de pececillos que huían despavoridos ante intromisión.

Kate se hundió en el agua, nadó un poco, jugueteó.

Sentía la pie! fresca, tenía que entornar los ojos, porque el sol refulgía en la superficie de aquellas aguas.

Permaneció en el agua cosa de media hora, y luego salió chorreando, brillando la piel llena de guedejas, con cabello pegado al cráneo, como una sirena de agua dulce.

Llegó entre las peñas y se rodeó el tronco con la toalla.

Fue cuando vio aquel par de ojos negros, entornados, aquella cara pálida; emitió un grito de sobresalto, y luego apretó los labios, mientras enrojecía de ira.

—No grite, miss Eastman... Siento haberla asustado.

—¿Qué hace aquí, Gatling? —inquirió Kate, seca.

Gatling descendió hasta donde se encontraba Kate. Esta realizó un movimiento de retroceso, que la dejó al borde d agua. Gatling mostraba una sonrisa que quería ser cortés, pero resultaba desmentida por la expresión de sus ojos.

—Más o menos, trataba de hacer lo mismo que usted, miss Eastman —dijo— Yo me sorprendí tanto como usted al verla.

Kate apretó los labios.

Luego, dijo:

—Yo ya me iba. Puede bañarse, Gatling,

Cuando quiso dirigirse hacia sus ropas, Gatling la agarró por un brazo, deteniéndola.

—Un momento, Kate... —dijo, con voz algo ronca.

—Suélteme, Gatling.

—Como quiera... ¿No podríamos hablar un poco?

—¿Usted y yo? —dijo Kate, con cierta altanería.

—¿Por qué no? Lo dice de un modo tal que parece existir entre nosotros gran diferencia; un abismo...

—¿Y no es así? —inquirió Kate.

—En absoluto.

—Es extraño... No parecía tan hablador, Gatling. Para decir tonterías, hubiera sido mejor que siguiera callado, ¿no le parece? Es obvio que entre usted y yo existen esas diferencias; dicho de otro modo, no tenemos nada en común. Hasta luego.

—Espere aún. Conozco a la gente, Kate.

—¿De veras?

—He sido un hombre inquieto; he conocido a muchas personas. He cometido pocos errores al catalogarlas. ¿Le interesa saber lo que pienso de usted?

—En absoluto —dijo Kate, sacudiendo la húmeda cabellera.

Gatling esbozó una rara sonrisa; su mirada resbaló desde el cuello de Kate a las puntas de los pies; eran visibles las piernas, de medio muslo hacia abajo.

—Se comprende que no quiera oírlo, Kate —dijo, por fin Gatling— A nadie le gusta que le echen en cara dos cosas tan poco edificantes como hipocresía y ambición.

—Está insultando, Gatling.

—Tal vez. Usted no ama ni ha amado nunca al señor Wenhoek. Su noviazgo con él era de los que todo el mundo señala con el dedo... sin equivocarse. Y supongo que no pensará que nadie de la expedición cree que usted está aquí esperando hallar con vida a su amor... Por lo demás, no se preocupe. Todos, aquí, somos igual que usted; hipócritas y ambiciosos... Quizás debamos exceptuar a Liz Brattain. Los demás, nos quemaríamos en la misma hoguera, por los mismos pecados. ¿No cree que es mejor que nos vayamos descubriendo, Kate?

Kate esbozó una sonrisa un tanto lobuna, caído el labio inferior.

—No. No lo creo, Gatling —dijo— Puesto que aún debemos, permanecer juntos, con la expedición, días, o quizás semanas, es preferible seguir guardando las apariencias. O corremos el riesgo de convertirnos en fieras. Le aconsejo, Gatling, que sigamos ignorándonos mutuamente. Y me refiero a todos los expedicionarios.

—No es tan fácil... En esta situación, los defectos se convierten en un espejismo; dejan de ser reales... Lo real es que usted es una mujer hermosa... con el corazón libre.

—Está equivocado.

Gatling la miró de soslayo.

—No lo creo.

—Allá usted. Permítame ahora.

—Sí, vaya al campamento. Diga, ¿va a hablar de esto con Brattain? —inquirió Gatling.

—No lo considero necesario. Primero, porque yo sé resolver muy bien mis asuntos. Segundó, porque soy lo suficientemente inteligente como para andar sembrando Cizaña. Por lo demás, le recomiendo que no olvide mi consejo, ya sabe, seguir guardando las apariencias.

—Entonces, vaya más lejos a bañarse, y camine de otro modo y cierre los ojos. ¿No sabe disimular el brillo de sus ojos, Kate?

—Está hablando de un modo peligroso, Gatling. Olvide esto, será lo mejor.

Recogió sus ropas y echó a andar.

Gatling, quieto, la miraba alejarse; Gatling tragó saliva un par de veces. Luego giró y empezó a desvestirse, para zambullirse en el agua, mientras Kate, envuelta en la toalla con las ropas en la mano, se dirigió al campamento para vestirse en la tienda, con Liz.

Liz, sin embargo, ya estaba fuera; con la ayuda de Minaya había encendido fuego, y mientras Kate se vestía, se expandió el olor del café. Por fortuna, las provisiones eran superabundantes, entre otras razones por una muy importante, porque la expedición había dejado atrás a tres sus miembros.

* * *

Aquellos monos eran simpáticos; veloces como el rayo, escandalosos... Pero simpáticos, sí; tan pequeños, con aquellos vivísimos ojos, tan juntos... Habían aparecido a curiosear, alejándose rápidamente si alguien se movía.

Gatling, no obstante, decidió capturar alguno de aquellos ejemplares, y mientras los demás, a punto de caer la tarde, realizaban la operación recogida, para poder partir, reanudar la marcha, al amanecer siguiente, Gatling, armado con un cuchillo de monte, pistola, por si había que enfrentarse con alguna fiera, y unas trampas que había fabricado él mismo con ramas y sogas, se lanzó a la captura de un simpático bicho agilísimo.

Se internó un poco en la espesura, y de pronto, sintió inquietud... La selva era en verdad sombría; la espesura no dejaba pasar la claridad; en la tierra húmeda, llena de hierba, de insectos, de miles de raros escarabajos, sólo se veían unas tiras de claridad.

Los monos, no lejos de allí, chillaban, parecían huir de él.

Los chillidos se fueron distanciando hasta que se hizo el silencio.

Un denso silencio.

Todo rumor de la selva había cesado.

Gatling tomó la decisión de retroceder para regresar al campamento. Mirando en torno, con un latido de alarma en sus sienes, notando el brote del sudor, aterrado por aquel envolvente silencio, por la oscuridad que caía con sorprendente rapidez, borrando las últimas tiras de claridad que se colaban por entre la espesura.

Sintió deseos de echar a correr, pero hay cosas que uno no hace ni estando solo, por dignidad propia; sí alargó paso, no obstante.

Y oyó el silbido. Medio segundó le bastó para pensar que se trataba de alguna poderosa serpiente; otro medio segundo lo empleó en morir, en el cerebro súbitamente oscurecido por el terror, notando en la espalda el tremendo picotazo.

Su grito ronco trascendió en aquella zona de selva.

Luego, cayó dé bruces.

* * *

—Me ha parecido oír un grito... ¡Estoy segura, en realidad, David! —exclamó, muy pálida, Liz.

Todos estaban mirando hacia la selva; la oscuridad empezaba á dominar. El silencio proseguía. La inquietud se reflejaba en aquellos rostros, muy tensos.

—Iremos a ver —Dijo Brattain— Drebbel, Minaya, vengan.

Los tres hombres, armados con sus rifles, y linternas, se dirigieron hacia la selva. Detrás, Liz y Kate.

Tardaron sólo unos minutos en efectuar un descubrimiento. Petrificados, contemplaban a Gatling caído de bruces, inmóvil, con los ojos casi desorbitados. Vieron parte de flecha que asomaba por la espalda de Gattling; una flecha fuertemente empotrada; le había atravesado por completo.

Liz no pudo contener un grito de espanto; se llevó ambas manos a las sienes, y se volvió, quedando frente a Kate, cuya mirada estaba clavada en Gatling, en aquella flecha que asomaba por la espalda, en los ojos saltones del muerto... Los demás, seguían inmóviles. Drebbel empezó en mirar en torno. Minaya experimentó un movimiento de retroceso. Parecía que sólo Brattain conservaba una relativa calma.

—Minaya —llamó.

El quichua, sin disimular su inquietud, siguió a Brattain hasta llegar junto al cadáver. Minaya sostenía la linterna. Brattain examinaba aquella flecha que sobresalía, centrada en la espalda de Gattling.

—Esta vez no ha sido una fiera... —susurró Brattain— Es evidente que todos corremos el mismo peligro que Gatling, indios salvajes, hostiles, ¿no es así, Minaya?

—Sí... La flecha lo indica, señor.

—¿Qué indios?

—No estoy seguro... Será algún grupo de los "pano" aunque yo creía, que se encontraban en otras regiones.

—¿Qué es esto negro que se ve en la flecha?

—Curare... Manipulado torpemente, pero es curare. Muchos salvajes lo saben utilizar, señor.

Brattain, un poco rígido, alzó la mirada, dirigiéndola hacia la impenetrable espesura. La selva, al parecer, recobraba la normalidad; los monos habían desaparecido pero algún pajarraco emitía ya su estentóreo canto

—Ayúdame, Minaya. Sacaremos de aquí a Gatling; lo enterraremos fuera de la selva.

Entre Minaya y Brattain agarraron al cadáver de Gatling, caminaban, pasando junto al resto del grupo, las dos mujeres y Drebbel, que seguían inmóviles, muy impresionados, con una clara sensación de acorralamiento.

—¡Tenemos que abandonar! —estalló, histérica, de pronto, Liz— ¿Lo oyes, David? No quiero seguir adelante, no quiero... Vayamos al río, y desandemos el camino.

Brattain se detuvo un instante, y la miró. No obstante no despegó los labios. Hizo una seña a Minaya y siguieron caminando. Drebbel les siguió, para colaborar, y Kate y Liz, sollozando, siempre pegada a Kate, se sentó en el suelo junto a la mesa plegable preparada, cubriéndose el rostro con las manos, estremecida por el miedo, por los sollozos.

Kate entendía que, por el momento, era inútil decir una sola palabra.

Por fin, Liz empezó a menear la cabeza en sentido negativo.

Con voz entrecortada, decía.

—No quieren comprenderlo... no quieren... Enfermedades, accidentes, fieras... ¡Y ahora indios hostiles! Dios mío... ¿qué clase de locos somos?

—Cálmate, Liz.

¡No puedo! Kate... no pierdo con facilidad el control de mis nervios en situaciones normales... ¿Lo entiendes? Me considero una mujer serena... Pero... pero esto... Esto es superior a nuestro control. ¿No os dais cuenta? Nunca sabemos 'dónde está el peligro... ¡Nunca! Nos acecha por todas partes... ¿Cuántos indios "pano" deben estar apostados en esta maldita selva? ¿Quién será el próximo en caer? Vamos, dilo. ¿Quién, Kate? ¿Tú, yo, David, Drebbel, Minaya?

Liz se había puesto en pie, temblaba.

Su mirada, dilatadas las pupilas, se dirigía hacia la selva oscura; como si no estuviera allí, como si no albergase la muerte por sorpresa, brutal, inesperada.

De pronto, Liz, con un gemido, se sentó de nuevo, y lloró de otro modo, más manso y copioso... Kate, junto a ella, permanecía inmóvil. Por fin, tras haber enterrado a Gatling, regresaban los tres hombres. Brattain, con un claro gesto de preocupación en el rostro, se acercó a Liz. La miraba silencioso.

Liz le miró. Inquirió.

—¿No tienes nada que decir, David?

—Que saldremos de aquí al amanecer; río arriba.

—David... te lo suplico.

Yo, a mi vez, tengo que pedirte algo, Liz. Procura dominar tu pánico. Más o menos, es lo que intentamos todos.

—David...

Por lo demás, tú eres la única que pide retroceder, regresar. La única, Liz.

Liz miró a Drebbel. Este, tras soportar apenas tres segundos la mirada suplicante de Liz, inclinó la cabeza. Liz seguía mirándole, como si le viese por primera vez, y existiera algo digno de estudio en aquel hombre, en Edward Drebbel, el estudioso, el Geólogo amable, algo gordito, con el pelo rojo, muy abundante... Estaba claro que Drebbel, a sus cuarenta años, empezaba a pensar más en el oro que en la posibilidad de hallar algo interesante desde el punto de vista de su especialidad. Algo tan interesante, además, que le impedía ver el peligro.

Luego, Liz miró a Minaya. El quichua la miraba a su vez, pero con ausencia total de expresión. Si regresaban, podía negarse a pagarle.

Miró a Kate. Kate sí le soportó la mirada.

—¿Tú también quieres seguir, Kate? —musitó Liz.

—Sí.

—Pero...

—Todos nosotros. Liz, tenemos algo que encontrar selva adentro —dijo Kate, atajando a Liz.

—El oro.

—Y a Jonathan Wenhoeck —agregó Kate.

— ¡Mentira! ¡Nos estamos engañando nosotros mismos! —estalló Liz.

—Tal vez. Pero es conveniente... Vamos a la tienda, Liz necesitas descanso, reponer tus fuerzas.

—¿Descansar? ¿Habéis olvidado ya que podemos estar rodeados por esos salvajes que disparan flechas emponzoñadas con curare? —musitó Liz.

Hubo un claro movimiento de inquietud; se miraban pero desviaban la vista de inmediato. El grupo permanecía estático; los ojos se volvían hacia la impenetrable selva... A su espalda el rumor del río, engañosamente suave.

PARECIA que la expedición había recobrado buena parte de su moral, de su fortaleza. Ningún otro incidente se había sumado a la muerte de Gatling, atravesado por aquella flecha emponzoñada. Ninguno. Siguieron remontando la corriente, y al segundo día, la expedición buscaba un campamento apropiado, para descansar una jornada, y examinar la zona, por si había llegado el momento de abandonar el río, y seguir el camino a pie, selva adentro, con la ayuda de los asnos.

Aquella vez, el que realizó el descubrimiento fue Minaya, que tras amarrar la balsa con ayuda de los demás, recorrió una franja de terreno, en busca del lugar ideal para plantar las tiendas.

Regresaba corriendo junto a la balsa.

—¡Señor Brattain, señor Brattain...!

Una vez captó la atención de Brattain, Minaya se detuvo haciendo señas, y todos se dirigieron donde avanzaba el quichua.

Minaya les aguardaba, señalando con el dedo un objeto retorcido, con señales de óxido, o tal vez sólo jugos rojizos de hojas y hierbas que lo ocultaban en parte.

Brattain, todos en general, identificaron de inmediato aquel objeto.

—Es parte de un ala de la avioneta... —murmuró Brattain.

Todos, entonces, conformes con las palabras de Brattain, miraron hacia el cielo y en torno.

Por lo visto, con la avioneta, había ocurrido algo terrorífico, ya que se adivinaba que el aparato había chocado contra algún pico montañoso, que no se encontraba selva adentro, sino al otro lado del río; los picos, los montes, muchos de ellos pelados, roquizos, se elevaban cerca de allí, pero la avioneta, al chocar, debió quedar destrozada, y esparcida en un radio bastante amplio como lo probaba aquel hallazgo de metal retorcido.

—Tuvo que chocar contra aquellos picos, cuando volaba en auxilio de la expedición —dijo Brattain.

—Por tanto, la expedición está relativamente cerca de nosotros —dijo Drebbel— Creo que hemos llegado al lugar justo en el que debemos abandonar el río, e internarnos en la selva. Es más: creo que nos encontramos a menos de dos jornadas de viaje del lugar que buscamos.

Intervino Liz un poco vacilante.

—David... ¿no podríamos cruzar el río y registrar bajo los montes? Quizás hallemos más restos de la avioneta.

Brattain meneó la cabeza.

—Estoy seguro de que hallaríamos esos restos, Liz. Sin embargo, pienso que de nada nos servirían. Por tanto, es una pérdida de tiempo inútil. Nada aprovechable encontraríamos.., El choque, es fácil imaginar, fue violentísimo. Sólo encontraríamos restos retorcidos, que no aportarían nada de valor, nada interesante, para el fin de nuestra expedición. Por mi parte, acamparía aquí y tras descansar un poco, emprenderíamos la etapa final del viaje. Drebbel tiene razón. No podemos tardar mucho en dar con el lugar que buscamos.

Liz inclinó la cabeza sin responder.

En verdad, no valía la pena ir viendo o recogiendo restos de la avioneta enlazada por radio con la expedición de su padre... Por lo demás, ya se notaba la prisa en todos aquellos rostros, que a Liz empezaban a parecerle grotescos, horribles... Liz empezaba a preguntarse si aquéllos eran los rostros reales, o bien lo eran los anteriores los que mostraban en la civilización.

—Hay que descargar la balsa, acondicionar los asnos, y montar las tiendas —dijo Brattain.

Todo el mundo colaboraba allí.

Antes de que se hubiese puesto el sol, el campamento estaba listo, en una pequeña explanada, a veinte yardas del río. Brattain, con su plano y su “diario”, mordía una pipa, exhalando de vez en cuando una densa columna de humo, y sus irritados ojos recorrían las líneas trazadas, y trazaba otras, observado por Drebbel.

Por fin, Brattain miró al geólogo y murmuró.

—No hay que engañarse, Drebbel. Para que la expedición de Wenhoeck fracasara, para que pereciera aquí, en esta zona, tiene que existir un peligro cierto, que desconocemos. Y, por supuesto, un peligro mayor de los corridos hasta ahora.

—Sí, lo he pensado, es natural.

—¿Ha llegado a alguna conclusión?

—No es fácil, Brattain. No creo que se trate de una enfermedad, ya que llevamos provisión de antibióticos, sulfamidas., y otros, para combatir cualquier fiebre o infección. La expedición de Wenhoeck también iba provista al respecto, según tengo entendido. Segundo, en esta zona de selva, no tiene por qué existir un peligro mayor en cuanto a fieras, por ejemplo.

—No. No lo oreo. También en lo anterior tiene razón, Drebbel. ¿Entonces? Convendría llegar a alguna conclusión.

—Pues... quizás se deba a alguna peculiaridad del terreno.

—¿No puede ser más concreto? —inquirió Brattain.

—¿Cómo asegurar nada en este momento? Puede haber pantanos selva adentro, ciénagas cubiertas, disimuladas, por vegetación espesa. Creo que mi colaboración empezará a ser valiosa desde esté momento. Y espero que... lo tenga en cuenta, Brattain.

Brattain, mordida la pipa, miró a Drebbel a los ojos. Sonrió levemente.

—Sigo siendo un hombre honrado, Drebbel —dijo—Hasta ahora, además, no pierdo el control de mí mismo, y sé muy bien que ha habido momentos en que la ambición ha salido a flor de piel. Pero no

creo que haya nadie en el mundo que corra riesgos por nada a cambio.
—De acuerdo con eso...

—Volvamos a lo nuestro, Drebbel. Insisto; una expedición bien pertrechada, ha encontrado su final en la zona que recorreremos en breve. El motivo es lo...

—Yo podría decírtelo. David.

Brattain y Drebbel miraron a la puerta de la tienda, por donde acababa de aparecer Liz.

Liz estaba pálida, había adelgazado, tenía una continua expresión de miedo y ansiedad en los ojos.

—¿Conoces el motivo que explicaría el fin de la expedición de tu padre, Liz? —inquirió Brattain, con cierta frialdad.

—Desde luego; se exterminaron mutuamente. Por el oro. Y lo mismo nos ocurrirá a nosotros.

—Liz, vete ahora... Drebbel y yo tenemos trabajo.

— ¡Tienes que escucharme!

—A su debido tiempo. Por favor...

—Está bien; como quieras... —miró a Drebbel— Será curioso ver al pacífico señor Drebbel convertido en una fiera, en cuanto tenga un pedazo de oro en sus manos; oro de aluvión, oro limpio... Me gustará veros reír, enloquecidos, y luego buscar el medio de mataros mutuamente. Porque eso es lo que haréis. Sólo trato de avisaros a tiempo... David, tenemos un hijo en casa... Un niño que nos necesita; a nosotros, no al oro que podamos llevarle.

—Suelo recordar con frecuencia a Phil —cortó Brattain.

—No lo creo. Di que lo olvidas con frecuencia.

—Liz... esto ya es demasiado. Ahora, vamos a discutir obre el amor que yo siento hacia nuestro hijo. Mírame bien, Liz. Soy el mismo. He emprendido algo que debo llevar a cabo; hasta el final. ¿No es mi comportamiento habitual, acaso? No me he convertido en una bestia, si eso es lo que tratas de decirme. El señor Drebbel, por otra parte, no es menos digno que antes... Kate, incluso, se comporta con mayor entereza... Y todos sabemos lo que Kate quiere en realidad.

Liz les miró a ambos.

—Tal vez aún no habéis cambiado lo suficiente —murmuró— Pero el cambio no tardará en producirse.

Giró, y dejó solos a los dos hombres.

Brattain, preocupado, se pasó las manos por las sienes, por los aladares, alisando el rubio cabello, encrespado, enredado.

—Me preocupa Liz —dijo, en murmullos.

—Sólo está influenciada por estúpidas historias. Brattain.

—Más bien creo que lo está por lo que hemos presenciado con algunos de nuestros compañeros... De todos modos, espero que modifique su actitud, cuando lleguemos a nuestro objetivo.

Drebbel no comentó.

Brattain entendió, de súbito, que aquel problema tenía al geólogo sin cuidado: era algo personal que Drebbel no tenía por qué resolver. Se ponía en evidencia que la amistad, la vinculación personal entre el grupo, no llegaba más allá del brillo del oro que esperaban encontrar.

* * *

La última luz en apagarse, fue la de la tienda de las mujeres. Estas, en cualquier circunstancia, perdían un poco de tiempo consigo mismas, aun para dormir en incómodos sacos, oyendo el zumbido de los insectos y en espantosa soledad.

El quichua, Minaya, se había hinchado de coca; aún le quedaba algo, y tenía la esperanza de encontrar algunas hojas por la selva. En todo caso, algún sucedáneo. Se sentía cómodo, feliz. Ejercía vigilancia, vuelto de espaldas al río; estaba claro que cualquier peligro, de aparecer, lo haría por la selva.

Se adormilaba un poco cuando creyó percibir cierta inquietud en los asnos.

Miró hacia el lugar donde estaban atados, y vio sus siluetas, en efecto, realizando movimientos inquietos, era una bella estampa, con los animales cerca de unos árboles, a poca distancia del río; la silueta de los asnos se recortaba en la superficie del caudal siempre rumoroso, que brillaba recibiendo la luz de la luna.

Minaya se puso en pie, y se acercó a los asnos, sin ver algo que pudiera causar la inquietud de aquellos seres. Miró en torno, sin descubrir indicios, cualquiera sabía qué les pasaba a aquellas estúpidas bestias.

Con la barbilla llena de jugo de coca y saliva, el quichua resolvió volver a su sitio y dormir.

Cuando giró y dio dos pasos, algo, de pronto, se enroscó en su cuello; con fuerza, brutalmente.

Creyó, en principio, que se trataba de una víbora, pero no sentía el aguijonazo venenoso; sólo sentía asfixia, angustia... Sus manos, además, tocaban algo conocido... El grito que pugnaba por brotar de su garganta, no era más que un ronco murmullo que iba muriendo,

para acabar en un estertor, inaudible a más de cinco yardas de distancia.

Lentamente, el cuerpo del quichua fue cayendo al suelo, sujeto por el fino cordón que le rodeaba el cuello, que le había estrangulado. Luego, Minaya era arrastrado, en dirección al río.

El cadáver, poco después, era atado, lastrado.

Unos pies chapoteaban débilmente, apenas alterando la calma de las aguas, en el río, arrastrando el cuerpo del quechua, que sé fue perdiendo en las aguas.

Lastrado con dos rocas lo bastante pesadas, Minaya quedó enterrado en el cauce del río.

Luego, los pies chapoteaban de nuevo, abandonando el agua.

Pies que se dirigían hacia donde estaban los asnos, dos cuales fueron liberados. Los animales, sin muestras ya de agitación, seguían el rumbo que les era marcado, en dirección a la balsa, que oscilaba con suavidad en el río. Los dos asnos fueron cargados en la balsa, y los pies iban sin coca y empezó la estaca de amarre; se soltó la sogá, y luego una sombra, entre los asnos, se dejaba deslizar corriente abajo balsa.

* * *

El desconcierto era general.

La alegría del nuevo amanecer sin incidencias se truncó cuando Drebbel lanzó la voz de alarma. Todos hicieron su aparición, tratando de descubrir la presencia de Minaya, de la balsa, de los dos asnos que faltaban...

Recorrieron un trecho de orilla, llamaron a Minaya a voz en grito.

Cansados de la búsqueda inútil, deprimidos, regresaron al campamento.

Drebbel se dejó caer a tierra, frente a su tienda. Musitó.

—El quichua ha huido... Es la única explicación. Dos asnos, la balsa, y algunas provisiones, lo he descubierto.

—De todos modos, no ha ocurrido nada demasiado malo —dijo Brattain— Lo irrazonable es la actitud de Minaya. Conservo el dinero que queda, así que...

—¿Qué haremos ahora? —musitó Liz.

Brattain la miró como si no comprendiera.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió— Seguir adelante.

La balsa no la necesitamos para nada, Liz... En cuanto a los dos asnos, podemos prescindir también de ellos y nos sobran provisiones... hasta el momento. Para nada influye en nuestra expedición lo ocurrido esta noche. Minaya debió quedarse sin coca y empezó a aterrarse, es la única explicación que se me ocurre.

—En cambio, a mí, se me ocurra otra, David —dijo.

—¿De veras?

—Esto lo has provocado tú, para que yo no insista en regresar. Ahora, no podemos. ¿Cómo, sin balsa? Y entre nosotros cuatro, los supervivientes de esta locura, no creo que construyamos una lo suficientemente eficaz cuando decidamos volver al lugar que no debimos abandonar jamás. Es cosa tuya, David, para que nadie piense ya en regresar.

—Liz, por favor.

—¡Y pienso demostrarlo! —estalló Liz.

Dio media vuelta y se alejó.

Todos veían su espalda estremecida por violentos sollozos.

Brattain hundió la barbilla en el pecho; miraba obstinadamente al suelo. También Kate y Drebbel estaban inmóviles.

—Hay algo de cierto en lo que ha dicho Liz —musitó Brattain; por fin— Tendremos dificultades, al regreso, para construir una balsa capaz de soportar las corrientes... De todos modos, insisto; por ahora nuestro camino está hacia adelante. Si no es molestia para nadie, podríamos avanzar la partida a través de la selva. Cuanto antes lleguemos al objetivo, mejor será para nosotros.

—¿Recogemos, entonces? —inquirió Kate.

Brattain la miró.

Kate se veía pálida, pero hasta el momento mantenía una entereza admirable. Kate seguía bella, fresca, con aquellos ojos negros con un brillo intenso. Brattain pensó, en un instante, que tal vez Kate era la mujer ideal para realizar una aventura llena de peligros. Liz para la civilización Kate para la vida salvaje.

Brattain notó la mirada de Drebbel y Kate fija en él, y se turbó un poco, intuyendo que quizás el geólogo y Kate habían adivinado sus pensamientos.

—¿Recogemos? —insistió, tranquila, Kate.

—No es necesario precipitarse... Desayunaremos antes, y prepararé la ruta. En verdad, Minaya apenas nos era necesario ya... Sólo que era un hombre útil, dos brazos a realizar trabajo.

—Sí, es cierto... Señor Brattain.

—¿Sí, Kate?

—¿Cabe la posibilidad de que podamos utilizar la radio que la expedición de Jonathan empleaba para enlazar con la avioneta? —inquirió Kate.

—Bien... Es posible. Si no está estropeada...

—Debe estarlo —intervino Drebbel— De otro modo hubiesen seguido comunicando.

—Quizás no pudieron seguir comunicando por otras razones, Drebbel —arguyo Brattain— Es decir; porque ya estaban muertos. Insisto en que cabe la posibilidad de encontrar la radio en funciones, y lanzar señales, llamadas... en el peor de los casos, si necesitáramos auxilio. Espero, no obstante, que como hasta ahora, podamos salir adelante con nuestros, propios medios.

—Liz debe estar preguntándose quién será la próxima víctima —musitó Kate.

—¿Quién habla de víctimas? —inquirió, con el ceño fruncido, Brattain— Minaya es sólo un desaparecido... Ha huido; ha tenido miedo, o le faltaba coca. Cualquiera sabe de qué es capaz un hombre con la mentalidad de Minaya.

—Es cierto... sólo un desaparecido —murmuró Kate— Pero ya son cinco miembros menos en la expedición.

—Kate, tranquilícese. Los accidentes...

—No sé preocupe; estoy... tranquila... —dijo, con cierta mordacidad, Kate— Me ocuparé del desayuno.

—Está bien.

Kate se alejaba. Brattain se metió en la tienda, para llenar la pipa, y fumar, en contra de sus hábitos, puesto que jamás había fumado en ayunas. Le sentó bien el fuerte sabor del tabaco, el humo que raspó su garganta.

Pareció enfrascarse en su trabajo, en sus papeles, en su "diario"; más cosas que escribir.

Le sobresaltaron, algo más tarde, unos gritos súbitos, reconoció la voz de Liz, histérica, estridente.

—Vengan a ver la obra de mi esposo, vengan... Yo tengo razón. No nos permitirá regresar. Nos ha convertido en sus esclavos, en sus criados... Nos explotará hasta el final.

Cuando Brattain salió de la tienda, Kate y Drebbel ya estaban con Liz. Esta parecía empujarles hacia el río, y Brattain, sin comprender, siguió al pequeño grupo, alejándose un poco del campamento, en dirección al río, siempre inmutable, con su fragor acostumbrado, monótono.

Brattain se unió el grupo cuando Liz, con un dedo rígido, muy entendido, señalaba hacia cierto lugar en aquellas aguas transparentes. Estaban sobre una peña, por lo que podían ver la superficie del agua desde lo alto. Brattain saltó también a la peña, y vio lo mismo que los demás; las aguas, no profundas allí, y transparentes, no bastaban para ocultar el cadáver; tampoco la vegetación del fondo del río.

Y allí estaba el cuerpo de Minaya, ondulante, como tuviera vida, a causa del movimiento de las aguas.

Todos miraron luego a Brattain.

El explorador pestañeó.

—¿Qué les ocurre? —inquirió.

—Responde tú. David, ¿por qué lo has hecho? Par cortarnos cualquier retirada, ¿verdad? ¿Dónde están la balsa y los asnos?

Las preguntas de Liz parecieron golpes en el rostro de Brattain. Al menos, éste hacía raros gestos; como si acusara impactos.

—Liz... no puedes creer que yo...

—Nos tienes a tu merced... Estoy pensando tantas cosas horribles de ti ahora... —casi sollozó Liz.

—Pero. Liz.

¡No me toques! —estalló, histérica, Liz, cuando Brattain quiso tomarla con ambas manos.

Y había retrocedido vivamente.

—David... ¿qué dices ahora? —siguió Liz— Queremos una explicación... Lo de Minaya hubiera podido parecer una fuga, como tú pretendías, de no haber descubierto yo el cadáver. Los demás muertos, tenían visos de haber sufrido accidentes inevitables.

—Vas demasiado lejos, Liz. Estás sugiriendo que yo he ido matando hombres.

—¡Sí! Para ser menos con quien repartir el oro.

Brattain encontró una áspera solución, de momento; asestó una seca bofetada a Liz, muy violenta. Liz, con los ojos muy abiertos, enrojecida la mejilla, miraba a su esposo con extraña expresión; hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. En cuanto a Brattain, luego, frenada la histeria de Liz, saltó al agua, y se inclinó, sin preocuparse en absoluto de sus ropas, hasta llegar al cadáver, que izó lo suficiente para ver que las únicas señales de violencia estaban en el cuello; marcas hinchadas, rebordes arrugados... El agua disimulaba lo demás.

Volvió a la peña y dijo:

—Estrangulado.

Todos, entonces, se miraban entre sí.

—La explicación es clara —siguió Brattain— Hemos sido robados por indios salvajes. Les interesaba la balsa, y un par de asnos; eso es lo ocurrido. Repongamos fuerzas, y en marcha.

Nadie despegó los labios para contradecir a Brattain.



6

CAPÍTULO

LA risa de Liz Brattain resonó en la selva como un graznido estentóreo más; un graznido largo, agudo, que de súbito se truncó,

tembloroso, y Liz cayó de rodillas, para luego inclinar la cabeza, como en una oración a Alá en plena Meca; y ahogó en parte la risa enloquecida porque su boca agrietada, seca como un fósil, estaba pegada a la tierra, a las hierbas, tratando de arrancar de ellas un poco de frescor, de humedad...

Los demás, se habían detenido. Los asnos, pacientes, fuertes, resistentes, quedaron bajo hojas y sombrajos; hojas como paraguas de grandes.

Brattain fue quien se inclinó junto a' Liz.

—Querida... - musitó.

—Monstruo... ¡Monstruo! —sollozó Liz.

—Bebe un poco; sé prudente.

—No quiero beber. Guarda el agua para ti...

—Compréndelo, Liz. El agua es para quien la necesite con más urgencia. Tú eres en este caso esa persona. Liz, sigo siendo el mismo; te amo... Quiero salvarte.

Pajarracos; monos, ruidos a ras de hierbas.

Y en tomo, telarañas, verdor, hojarasca, tremendas lianas... El sol apenas penetraba por aquella maraña. Aquel era el tercer día de penetración en la selva, y muchas veces Brattain había tenido la impresión de estar describiendo los mortales círculos de la desorientación. No obstante, por las noches, buscando algún claro para ver el cielo, había visto las estrellas, y le tranquilizaba el hecho, la marcha en una línea casi recta... No podían ya tardar en llegar al otro lado de aquella franja de selva.

—Bebe, Liz...

Liz, acuciada por la sed, calenturienta la frente, reseco los labios, agrietados, bebió un poco, cedió. Luego, volvió quedar de rodillas, gimiendo, meneando la cabeza. Brattain alzó la mirada, para fijarla en los ojos de Drebbel.

—¿Está seguro de que el manantial que dejamos atrás es de aguas contaminadas, Drebbel? —inquirió.

—Desgraciadamente, así es. ¿O cree que me alegro?

La voz de Drebbel sonó áspera, enronquecida.

Brattain meneó la cabeza.

—Sólo trataba de asegurarme, Drebbel... —murmuró.

—La examiné con mis aparatos de análisis, usted lo vio.

—Sí, ya sé... Creo que cometí un tremendo error, debimos cargar uno de los asnos exclusivamente con agua., Resulta difícil imaginar que en plena selva no puede haber un mal charco de agua potable...

¡Tiene que haberlo Drebbel! Y hay que encontrarlo; es imprescindible, —miró a su esposa, y agregó— De lo contrario, uno a uno iremos sufriendo este agotamiento.

Drebbel miró en torno, con desánimo, como declarándose vencido. Aquella selva era difícil de penetrar; ramas, lianas, arbustos, plantas exóticas. Muchas veces el avance sólo había podido ser efectivo a golpe de machete... Y parecía no tener fin.

—Descansaremos aquí mismo; en esta maldita selva, todos los lugares son iguales —musitó Brattain— Usted y yo iremos a dar una vuelta en busca de agua, Drebbel. ¿De acuerdo?

—Es necesario, sí.

—Montaremos una sola tienda, es suficiente. ¿Me ayuda, Kate?

Kate asintió con un movimiento de cabeza.

Se la notaba derrengada; con ojeras, pero nunca cedía el brillo de sus ojos; parecía resistir mejor que los demás la falta de agua, aunque sus labios también estaban resecos, con pérdida del color sonrosado natural. Mientras descargaban uno de los asnos, Brattain murmuró

—Agradezco su entereza, Kate. Sería horrible que usted sufriera los mismos efectos que Liz.

—Yo no tengo derecho a quejarme —dijo Kate— Estoy aquí porque yo misma lo quise...

—Todos estamos aquí voluntariamente, es cierto. ¿Querrá ocuparse de Liz mientras Drebbel y yo tratamos de encontrar agua?

—Sí, claro... Así descansaré.

Prepararon una tienda y Liz y Kate pasaron al interior. Oyeron unos instantes a los dos hombres, comentando sobre la dirección a seguir y luego volvió el silencio, que se hacía espantoso a medida que avanzaba el tiempo. Sólo de vez en cuando algún característico sonido, indicaba que no existía peligro. Los habitantes de la selva saben sumirse en el más perfecto silencio cuando perciben alguna amenaza.

Hacía rato que Liz había dejado de llorar, y sus ojos redondeados, enrojecido el blanco, miraban con fijeza a un punto indefinido.

—¿Te sientes mejor, Liz? —inquirió Kate.

Liz la miró.

No respondió, parecía que su cerebro se había detenido en algún pensamiento fijo.

Kate, estremecida, no volvió a despegar los labios. Los ojos de Kate, entonces, dejaron asomar otro brillo distinto en las negras pupilas. Quizás era un aleteo de miedo... Nunca se sabe hasta dónde llegan las fuerzas.

Respingó luego, al oír aquellos gritos enloquecidos, que se iban acercando. Tardó aún un minuto en percibir con claridad aquellas palabras, aquella vibración de alegría en las voces de Brattain y Drebbel. Se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta de la tienda, asomando; les vio llegar tropezando continuamente; pero sin dejar de correr chorreando agua, empapados, agitando cantimploras.

Kate cerró los ojos y permaneció inmóvil hasta que los dos hombres llegaron, locos de alegría por el hallazgo, que estaba sólo a media hora de camino de allí.

Por su parte Liz; al ver a aquellos hombres barbudos y empapados, ruidosos como monos, sólo hizo un gesto de repugnancia, acompañado por un pequeño retroceso. Parecía asustada también; llena de asco y miedo.

Brattain sin embargo, se ocupó de Liz, venciendo un poco su resistencia.

Aquella tarde, caminaron aún hasta el borde de aquella fuente, que discurría entre grandes peñas cubiertas casi por entero de vegetación. Instalaron el campamento, y mientras Drebbel descansaba, Brattain se ocupaba de Liz. Había que tomarle la temperatura, y caso de haber alguna señal de alarma, le inyectaría antibióticos, como profilaxis momentánea.

* * *

Parecía que los medicamentos que Brattain había administrado a Liz. Conseguían, por lo menos, hacerla descansar con relativa placidez. En la tienda, sólo era audible la respiración de Liz.

Kate, sin poder conciliar el sueño, se había deslizado del saco y poco después aparecía en el exterior. Mirar en torno era algo que llenaba de terror a Kate. Percibía rumores, brillos extraños; hojas húmedas, el agua de aquellas fuentes, que por descender pegadas a las peñas y entre moho, no producía apenas rumor; sólo al llegar al suelo, por donde asá se perdía por grietas.

Kate se ciñó la sahariana, y se estremeció mientras avanzaba hacia la fuente.

No podía ir más lejos, ya que temía a la oscuridad, a los inesperados abismos qué pudiera haber, a las fieras.

Y cuando llegó a las peñas, una sombra hizo su aparición junto a Kate. Esta sorprendida, respingando, iba a lanzar un grito, pero una mano humana la amordazó; alguien se apretaba contra ella, una voz susurraba a su oído.

—Cuidado, Kate... No es momento de gritar.

Ella cerró los ojos.

Durante más de dos minutos, permaneció, desfallecida en manos de aquel hombre, que la besaba en el cuello, los labios, en los ojos cerrados... Notaba la aspereza de la barba de aquel hombre, su rauda respiración.

Por fin, pudo abrir los ojos y quedó mirando aquel rostro barbudo, algo salvaje en aquellos momentos, con un brillo intenso en los ojos.

—Henry... Oh, Henry... ya no podía más... —dijo, con voz temblorosa, Kate.

—El tuyo ha sido un considerable esfuerzo, lo reconozco... ¿O no te sientes bien?

—Sí, sí... Pero no es eso. Ha habido momentos de mucho desconcierto, no sabía a qué atenerme... No sabía si estabas cerca de mí o lejos... De veras, Henry, he pasado momentos de auténtica desesperación... —susurraba Kate— Todas las huellas que ibas dejando... Parecían cosa tuya, sí, pero a veces ni yo misma estaba segura... No estaba segura de nada, días y días, y noches y noches, sin verte...

—Nunca me he alejado mucho, Kate.

—Sí, ahora lo sé, Henry, pero... Cuando más segura estuve de que estabas cerca, fue cuando lo de Minaya... Pero antes...

Henry sonrió; acabó por soltar una silenciosa carcajada.

Tiró de Kate.

—Ven... Hay cerca un hueco; es más discreto. Podrían salir de la tienda. Ven.

Unos pasos, un rodeo; un hueco a oscuras, con apenas un poco de luz de luna; se sentaron juntos. Henry Skelton rodeó el cuerpo de Kate con ambos brazos, y la besó en los labios. Kate, soportando aún la tensión de los días pasados en la más espantosa zozobra, correspondía a los besos. Por fin, Skelton dijo:

—No fue cuando lo de Minaya cuando estuve más cerca de ti, Kate.

—¿Entonces?

Hubo un relumbrón en la mirada de aquel hombre fuerte, tosco, con las señales de la selva en sus ropas, en la aspereza de la piel, de los cabellos.

—Fue cuando te bañabas —musitó— Gatling estuvo a punto de morir en aquel momento, pero tenía que contenerme...

—¿Estabas allí?

—Sí.

—Henry... —reprochó, con un murmullo, Kate.

—Bien, dejemos eso. ¿Se han perdido?

—No. Brattain afirma que esta selva tenemos que abandonarla en cualquier momento. Drebbel, por su parte, afirma que encontraremos las cavernas en el cauce de algún arroyo seco, afluente del Ucayali, del que ya estamos relativamente cerca. Las perspectivas, por tanto, en cuanto a llegar al lugar donde pereció la expedición anterior, son buenas. Pero debe haber serios peligros allí, Henry.

—Es natural. De otro modo, nada le hubiese ocurrido a Wenhoeck. Peligros invencibles, al parecer... por desconocidos. Bien, creo que no podemos quejarnos de cómo han ido las cosas.

—Henry... he pasado mucho miedo a veces...

—Lo sabíamos, Kate. Y era necesario.

—Sí... He procurado soportarlo, con la mayor entereza, posible. Pero... cuando la serpiente... la flecha clavada en Gatling... Había momentos en que creía que estábamos rodeados por reptiles, o por indios salvajes... Dime, Henry ¿tenías suficientes provisiones con lo que te iba dejando por el camino?

—Me pregunto si te gustan los hombres obesos... —rió Henry— Podíamos alimentarnos tres como yo. Has exagerado, Kate.

—Bueno, lo prefiero así... —sonrió Kate.

Skelton la volvió a besar.

Luego, dijo:

—No podemos permanecer mucho más rato juntos. Cualquier cosa puede despertar a los otros; incluso demasiado silencio... Creo que he hecho las cosas lo mejor posible. He ido aguantando a los hombres más útiles a la expedición. Minaya fue eliminado cuando no servía. Y el geólogo aún es necesario, por lo del terreno, las cavernas.. Brattain por ser el que lleva el peso de la expedición. El cuanto a Liz...

La mano de Kate amordazó a Henry Skelton.

—Espera... espera... Henry —musitó.

—¿Ocurre algo? —inquirió Henry, arqueando una ceja.

—No, no... Sólo que... prefiero no saberlo... No soy cobarde, Henry, ya lo sabes, pero... de veras, sólo quiere saberlo cuando haya ocurrido... No me expliques lo que piensas hacer y cómo lo piensas hacer.

—Comprendo, no te preocupes, Kate.

—Como hasta ahora, Henry. Ya no tendré miedo, ya se con

seguridad que eres tú quien está cerca.

—Como hasta ahora, Kate.

—Gracias, amor.

—Kate... ¿sospechan algo? —inquirió Skelton.

—¿Sospechar? ¡Ni remotamente! —rió Kate.

—¿Estás segura?

—Es más; Brattain está convencido de que todo se debe a accidentes, a ataques de fieras, a indios asesinos y ladrones... Ningún temor al respecto.

—Magnífico. No flaquees, Kate.

—No, no... Sé que soy capaz de resistir hasta el final, Henry, no te preocupes por mí. Es algo demasiado importante lo que nos espera. Por nada lo estropearía. Después de todo, si exceptuamos a Liz, los demás son tan ambiciosos como nosotros... y quizás llegarían tan lejos como hemos llegado nosotros... No flaquearé, Henry. Mi peor momento, fue cuando Liz descubrió el cadáver de Minaya, pero Brattain se encargó de dar una explicación convincente... y la que más nos convenía a nosotros.

—Bien. Vuelve ya a la tienda, Kate.

—¿Tan pronto?

—Una imprudencia ahora sería de lo más estúpido. Puedo enfrentarme a esos dos hombres, no cabe duda, pero aún necesitamos al geólogo y a Brattain. Quiero que me sitúen sobre el terreno sin lugar a dudas.

—Así estaba previsto... —dijo Kate— ¿Cuándo volveremos a vernos?

—No lo sé. Pero no olvides que en todo momento estaré cerca de tí, Kate. En realidad, todo depende de ellos; cuanto más pronto encuentren el oro, antes estaremos juntos para siempre. Otra cosa; procura ahorrar provisiones. Ignoramos aún el tiempo que permaneceremos aquí. Yo tengo la balsa, dos asnos, y provisiones, pero las precauciones, que yo sepa, no sobran. Hemos de asegurarnos la retirada.

—Lo haré, Henry.

El hombre, entonces, la volvió a besar, con más fuerza aún que las veces anteriores.

—Hasta pronto, Kate... Dime, ¿no te impresionaras demasiado si ves el cadáver de Wenhoek?

Kate pestañeó.

—No lo creo... ¿Por qué había de impresionarme?

—Bueno, él y tú...

Kate rió con cierta picardía y dijo:

—Sabes muy bien que sólo me acerqué a Wenhoeck por cuestiones de porvenir, Henry, nunca te lo he ocultado Pero allí estabas tú, y lo demás es algo que flota entre nosotros dos, que está en tus ojos y en los míos, en nuestros labios... No me considero obligada en absoluto Wenhoeck; ni le di nada, ni me dio nada.

Henry inclinó la cabeza unos momentos; luego, empezó a retirarse. Sólo volvió a besar a Kate, pero ya no dijo una palabra más. Kate, instantes más tarde, le imitaba; salía del hueco, pasando por delante de la fuente.

Un segundo más tarde, estaba petrificada.

Ante ella, con una extraña expresión de ferocidad en lo: ojos, estaba Liz.

Liz, desgredada, febriles los ojos, con un cuchillo de monte en la diestra, y respirando con extraña agitación, con movimientos convulsos de su enflaquecido pero bonito pecho.

—Quiero matarte yo... ¡Quiero matarte yo! —chilló y sollozó a la vez Liz.

Kate, palidísima, retrocedió un paso. Liz lo avanzó, lanzando estridentes gritos, que como era de esperar, hicieron salir de la tienda a Brattain y Drebbel, como balas de un cañón de fusil, muy alarmados.

Además, justo a tiempo de impedir que Liz se abalanzara contra Kate, cuchillo en ristre. Entre los dos hombres sujetaron a Liz, que se debatía furiosamente, sin dejar de gritar.

—Soltadme... Soltadme, estúpidos... Lo he descubierto todo. Es ella. Ella y Henry Skelton... Son unos asesinos... Soltadme de una vez. ¿No lo comprendéis? Están confabulados... Son cómplices... son unos asesinos, unos monstruos... Los he sorprendido. Corred, Henry Skelton tiene que estar muy cerca de aquí... Corred... Soltadme... ¡SOLTADMEEEEE...!

Brattain, mortalmente pálido, musitaba.

—Liz, ya basta, sositgate... Ya basta. Vuelve a la tienda...

Tienes que hacer un esfuerzo por controlarte, por descansar.

—Os digo que los he visto juntos, han hablado de sus planes. Fui a por el cuchillo, y estaban ahí detrás, besándose... David, no estoy loca. ¿Comprendes? No estoy loca... ¡NO ESTOY LOCAAAAA...!

Kate iba recobrando algo de su aplomo.

Con infinito alivio, comprendía muy bien que Liz estaba causando justo la impresión contraria de lo que quería demostrar; sus gritos de protesta, su agitación... bien justificada, además; su temblor, influían

decisivamente en Brattain y Drebbel para que ambos creyeran que algo malo había ocurrido en el cerebro de Liz.

—Los he visto... Se besaban... Lo han preparado todo ellos —sollozaba Liz, debatiéndose inútilmente, con el cuchillo ya en el suelo.

—Liz, recapacita, recuerda; Henry Skelton está ahora en algún hospital de Estados Unidos. Gatling y Halder lo condujeron a una aldea, porque estaba enfermo de "soroche".

—Está aquí, buscadle.

Brattain miró a Kate. Esta se mordió los labios, miró al suelo.

Musitó; por fin.

—La vi salir de la tienda, con el cuchillo... No sé qué pretendía... Me asusté, salí tras ella... De pronto, empezó a amenazarme, a gritar.

—Está mintiendo... Miente, David... Esa mujer, ese monstruo, miente...

—Liz, cálmate, te llevaré a la tienda. Por favor, Kate, Drebbel, permitan que permanezca al lado de mi esposa; necesita más cuidados que... que hasta ahora; cuidados más serios.

—Si quiere, yo puedo... —empezó Kate.

— ¡No! Ella no... Buscad a Henry Skelton. No puede estar lejos, quizás nos está mirando... Dejadme hacer la prueba. Clavad un cuchillo en el pecho de esa mujer. Clavadlo os digo. Veréis como es cierto. Veréis como Skelton trata de impedirlo como sea...

Brattain arrastraba a Liz, con la colaboración de Drebbel, y seguidos por Kate, la cual no se atrevió a mirar atrás, suponiendo con mucho fundamento que Henry Skelton estaba cerca, y lo había presenciado todo, con la misma serenidad que Kate; sin intervenir, en espera del momento decisivo.

Entraron Liz y Brattain solos en la tienda.

Drebbel y Kate, silenciosos, permanecían en el exterior.

—Pobre Liz... —musitó Drebbel— Ya hace días que muestra esos síntomas.

—Es horrible... Ha... ha llegado a aterrarme esta noche... No comprendo nada de lo que ha dicho... Nada...

—Evidentemente, su fantasía se ha desbordado... junto con el desbordamiento del cerebro. Es algo fácil de diagnosticar; demencia... —murmuró Drebbel.

Cesaron los gritos; poco después, aparecía Brattain en el exterior, sudoroso, preocupado. Miró a Kate y dijo:

—Deberá perdonarla, Kate... Estoy muy asustado, lo confieso. Hasta ahora sus crisis parecía remitir, pero esta vez...

—Es incomprensible... Pero ustedes... ustedes no pensarán...

—No siga, Kate —cortó Brattain— Todo eso sólo existe en un lugar; en la mente de Liz. Me siento culpable... Tal vez debí regresar cuando ella me lo pedía con tanta insistencia, lo suplicaba. Liz ya debía notarse algunos síntomas raros. Y... otra cosa, Kate; lo de Liz puede ser... obsesivo... Quizás insista, si no remite la crisis... Sea paciente con ella, por favor.

PENETRABA ya la claridad del día en la tienda. Se oía el murmullo apagado, cansado, de Liz.

—David... David...

—Soy yo, Liz —dijo Kate.

Liz se incorporó con violencia; miraba con ojos casi desorbitados a Kate, con mezcla de odio, terror, incomprensión, ira... Por sus pupilas pasaba una gama completa de sentimientos. Kate, serena, soportaba aquella mirada; en verdad, Kate, se sentía impresionada,

tenía miedo. Pero lo había prometido; no flaquearía.

—Tú... tú, sí... Yo he comprendido ya muchas cosas; todo lo que ha estado ocurriendo... —murmuró, enronquecida la voz, Liz— Y no me creen... David no me cree, pero tú y yo sabemos que es cierto... Yo os descubriré, Kate... Vuestra monstruosidad no puede llegar al éxito...

—Liz, por favor, no insistas con eso...

—Tal vez consiga valor para matarte por mí misma... Siento... siento cosas raras; comprendo mejor a las fieras.... ¿Sabes una cosa? La mayoría de las fieras atacan, son feroces, cuando se sienten en peligro, sólo entonces. Y algo de eso me puede ocurrir a mí... Por lo demás debí sospecharlo. Sé que no podías amar a mi padre, pero...

—Basta Liz.

Era Brattain.

Había entrado en la tienda, mostrando un rostro adelgazado, barbudo, con ojeras, irritados los ojos por el cansancio y la falta de sueño, en especial de aquella noche.

Liz rió de un modo espeluznante.

—Yo os demostraré que es cierto —dijo— en el supuesto de que Skelton me dé tiempo. Tengo la terrible sospecha de que yo, por lo que he visto, por lo que sé, me convertiré en la siguiente víctima... Me atacará a traición... ¿Flecha, serpiente, estrangulamiento? Es terrible no saber qué suerte me espera... ¿Hoy, mañana, pasado?

—Nadie te matará, Liz. Y menos que nadie Skelton, que está muy lejos de aquí.

—Sí... muy lejos... quizás a doscientas yardas...

Brattain se humedeció los labios.

Miró a Kate, la cual, estrujándose las manos, temía que las palabras de Liz, coherentes, acabaran por convencer a Brattain. No obstante, éste seguía dudando; es decir, seguía convencido de que la mente de Liz había sufrido un tropiezo. Y sólo pensaba, rogaba, que fuese reversible, o la locura, la oscuridad, camparían para siempre en el cerebro de su esposa.

—Kate... —musitó Brattain— estamos preparando la partida. Yo veré si Liz tiene temperatura y...

¡No tengo temperatura! .—estalló Liz—Ni estoy loca... Por lo pronto, me siento físicamente mejor que ayer, y yo emprenderé la marcha también. Si me dejáis sola, me vestiré... No olvides, David, que en adelante debemos abrir mucho los ojos; no pienso perder de vista a Kate.

Kate, de pronto, se puso en pie.

—Estaré con Drebbel —dijo.

—No se ofenda, Kate... —pedía Brattain.

— ¡No le pidas perdón! —chilló Liz.

Kate salió de la tienda; oyó gritos, y un instante más tarde salía también Brattain. Este fue a unirse a Kate y a Drebbel, que estaban silenciosos, realizando los preparativos para seguir selva adelante, con la esperanza de encontrar ya muy pronto las cavernas.

Brattain sólo dijo:

—Cargaremos la mayor cantidad posible de agua. Supongo que seguiremos encontrando manantiales y fuentes, pero ante la experiencia, prefiero no correr más riesgos. Vaya llenando cantimploras y recipientes, Kate, por favor.

—Sí, descuide.

Cada uno se ocupó de lo suyo; los asnos ya estaban cargados. Sólo faltaba desmontar la tienda de la que aún no había salido Liz. Brattain fue a buscarla y entró en la tienda. Desconcertado primero, y alarmado luego, miró el vacío interior. Su mirada recorrió con rapidez el contorno y palideció al ver que faltaba un rifle.

— ¡Drebbel, Kate...! —llamó, sin salir de la tienda.

Segundos más tarde, ambos estaban con Brattain. Adivinaron lo ocurrido.

—Dios mío... —musitó Brattain— Ha salido con el rifle... ¡Se perderá en la selva!

—¿Qué podemos hacer...? —inquirió Kate, muy pálida.

Brattain se humedeció los labios.

—Yo sólo puedo hacer una cosa: buscarla —dijo— En cuanto a ustedes, si lo prefieren, son libres de proseguir la marcha y...

—No diga eso —cortó Kate— Por favor...

Drebbel, a su vez, murmuró:

—La buscaremos todos, Brattain. Hay algo que no nos conviene olvidar en ningún momento ni circunstancia: que somos humanos... aún...

—Gracias... Creo que no debemos perder tiempo.

—¿Nos separamos? —inquirió Drebbel.

—Yo no me atrevo... —dijo Kate, estrujándose las manos.

Brattain la miró y asintió con movimientos de cabeza.

—La comprendo, Kate —murmuró— Iremos juntos, entonces. Dispararemos al aire, y puesto que lleva un rifle, si ella efectúa algún disparo, la localizaremos. Vamos.

Se inició la búsqueda. Durante todo el tiempo, Kate temió que

Henry Skelton no fuese lo suficientemente astuto, y aprovechara aquella coyuntura para deshacerse de Liz, que era un peligro si ponía en claro su cordura, aunque su torpe comportamiento conseguía el efecto contrario.

Durante más de dos horas, arañándose, tropezando, encogiéndose ante bichos, tarántulas, reptiles, oyendo chillidos de espantadas bandadas de monos, fueron recorriendo en círculo una zona; disparaban al aire sin obtener respuesta... La angustia se había apoderado de Brattain. Hasta que por fin, se oyeron disparos de rifle. La más aliviada fue la propia Kate, ya que los disparos eran signos de vida por parte de Liz. Así pues, Henry había comprendido que lo mejor dejar a Liz en el vacío, sin dar confirmación a su descubrimiento; para que prosiguiera la creencia de su locura.

Y encontraron a Liz.

Tirada en el suelo, sollozando, estremecida, con el rostro desencajado por el miedo; miedo debido a aquella espantosa Soledad... Soledad aparente, claro, ya que Liz sabía que el peligro la tenía cercada. Brattain corrió hacia ella, así como Drebbel y Kate.

—Liz... Liz, ¿cómo te sientes?

Liz, sin dejar de sollozar, se abrazó a su esposo, con fuerza nerviosa, estrujándose contra él. Brattain acarició los cabellos rubios de Liz, la besó suavemente, trató de calmarla... Mientras, Drebbel había tomado el rifle, y Kate se limitaba a mirar a Brattain, sin saber qué hacer.

—Volvamos, Liz -dijo, por fin, Brattain— Seguiremos adelante. Te ruego que no vuelvas a hacerlo... Nunca había sufrido tanto...

—Quería encontrarle, David... Quería...

—Basta, Liz, basta... Vamos.

* * *

En jornada y media, Liz lo había intentado otra vez. Su actitud era de absoluto silencio; ya no gritaba, ya no amenazaba a Kate. Apenas la miraba al menos en apariencia, puesto que lo cierto es que ejercía sobre Kate vigilancia férrea.

La segunda vez que Liz escapó obligó a Brattain a tomar la determinación de alejar del alcance de su esposa cualquier arma. Liz, sin un rifle, no se atrevería a dar vueltas a la selva, en soledad.

Habían acampado en un lugar en el que la selva parecía researse un poco; a lo lejos, aun siendo muy difícil calcular la distancia, se

veían montañas, frente a ellos; hasta el momento, todo lo que habían tenido delante había sido la maleza. Y la vista de las montañas les animó.

En aquella acampada, mientras que Brattain y Drebbel cambiaban impresiones y Kate se ocupaba de los alimentos, Liz salió de nuevo, sin que la vigilancia de Brattain, un poco relajada, pudiera impedirlo.

Liz, apretados los labios, llevaba oculto un cuchillo de monte. Caminaba con evidente cansancio; los pantalones de su equipo mostraban muchos arañazos; en alguno punto; era posible ver su piel, muy blanca. Llevaba la cabellera recogida; su cabello se había vuelto lacio, perdiendo el brillo.

Dio vueltas, procurando orientarse en todo momento. Además, en su mente estaba la idea de regresar a la acampada antes de que anoheciera. Tenía que encontrar a Skelton... ¡Tenía que encontrarle! Porque ocurría que la propia Liz empezaba a dudar de sí misma...

Bien abiertos los ojos, Liz llegó a aquel pequeño claro; alrededor crecían unos raquíticos árboles; árboles de peladas ramas, que no daban hojas ni flores; árboles como dedos de bruja, secos, quizás muertos. Además, en número muy escaso; era como un pequeño ombligo de aquella zona de selva.

Liz vibró, de pronto; todos sus nervios experimentaron una fuerte sacudida.

En uno de los árboles, sonriendo, estaba el hombre.

Henry Skelton.

Sonriendo, como un mono en el árbol, y mirando a la paralizada Liz.

—Hola, Liz... —dijo, de pronto, Skelton.

Ella estaba muda, como clavada en el suelo.

—¿O ni tú misma creías ya haberme visto? —inquirió Skelton— Me asusté, de veras... Por fortuna, David y Drebbel no te hicieron el menor caso... Supongo que es desesperante que a uno lo tomen por loco... ¿Verdad?

Ella le miraba, hierática. Liz, entonces, recordó que llevaba el cuchillo y que sólo acercándose a Skelton podría utilizarlo. Lo haría bajar del árbol a cuchilladas.

—Yo no soy la loca, Skelton... eres tú... ¿Cómo has podido cometer monstruosidad tras monstruosidad...? Tú eras un buen amigo de mi padre.

—Sí, lo fui.

—Y por esa mujer...

—Es hermosa. Inteligente, fuerte... Todo nos une, Liz,

¿comprendes? Desde el momento en que nos vimos. Supongo que Kate y yo pertenecemos a una especie distinta; a... una carnada con aspecto humano.

—¿Es una disculpa por tus crímenes?

—Quizás...

—Y todo lo habías pensado tan fríamente...

—Pues sí. Había que hacerlo así, porque, es obvio, se trata de volver a la civilización, cuanto antes, y para disfrutar del oro es necesario estar en paz con la Ley, con la justicia... Yo tengo una coartada perfecta. ¿Lo entiendes, Liz? La verdad es que me disgustó que formaras parte de la expedición...

—No podrás seguir matando, Skelton.

—No quisiera... De veras. Liz. Pero... es inevitable.

Liz miró en torno. No veía que Skelton empuñase arma alguna, y ella seguía en posesión del cuchillo: además, como nunca, sentía una necesidad, una fría determinación que la empujaba hacia el monstruo, para exterminarle...

Empezó a avanzar.

Henry aún en el árbol, seguía sonriendo, a través de su frondosa barba.

Liz, sin dejar de mirarle, dio tres pasos seguidos; al tercero, notó que se hundía un poco en el terreno; al cuarto, palideció bruscamente; sus pies parecían esta presos, empotrados en algo...

—Deberías cuidar dónde pones los pies, Liz... ESTAS EN ARENAS MOVEDIZAS.

* * *

— ¡Allí...! —gritó Brattain— ¡Los gritos parten de allí!

Corrían, desesperados.

Tropezaban, se perdían... Los gritos habían cesado ya. Unos gritos en los que vibraba el más profundo terror... En algún momento se habían desorientado, pero Brattain, por fin, descubrió aquel claro, aquel ombligo de la selva, a cuyo alrededor crecían sólo, o habían muerto, unos poco raquíuticos árboles de ramas retorcidas, quizás consecuencia del dolor de las raíces.

Llegaron a aquel lugar; los árboles estaban solitarios, nadie cerca, nadie a la vista... excepto Liz.

Es decir, algo de Liz.

Un brazo, el derecho; una mano... Una mano retorcida como aquellas ramas.

¡Liiiiz...! —chilló, desesperado, Brattain. Quiso correr hacia ella, quizás sin comprender, turbado su cerebro por la desesperación. No obstante, Drebbel, en aquel momento tuvo la lucidez suficiente para arrojarle hacia Brattain, deteniéndole, forcejeando con él, reclamando jadeante, la ayuda de Kate, que no sabía qué hacer, envarada por el miedo, sacudidas sus fibras por aquel brazo que iba desapareciendo...

¡Son arenas, movedizas, Brattain...! ¡Basta! ¿No lo comprende? ¡Nada podemos hacer...!

—Tengo que sacarla de ahí... tengo que sacarla de ahí... —Serénese, Brattain, no es posible... ¡Compréndalo!

Ya no era visible nada.

Como si aquellas arenas fuesen carnívoras, con un gran profundo estómago. Brattain, palidísimo, sudoroso, desencajadas las facciones, se sintió ya sin fuerzas; sus ojos parecían ir a saltar de las cuencas, cuando cayó de rodillas, los puños cerrados, apretando la tierra y hojarasca; impotente, con un brusco sollozo en su garganta.

Por su parte, Kate estaba al borde del desmayo.

Drebbel, en aquellos momentos, asumía un papel, de forzada serenidad, comprendiendo que si él perdía el control las tres personas que se encontraban allí podían dar el salto a la locura.

Durante mucho rato, incluso había oscurecido ya, permanecieron en aquel lugar, en completo silencio; la paz había vuelto a la selva y, como de costumbre, chillidos, rumores, indicaban que todo seguía inmutable.

—¿Regresamos, Brattain? , -musitó, por fin, Drebbel.

Brattain, cansado, destrozado, se puso en pie.

—Pero... ¿no puedo hacer nada? —susurró— ¿No podemos intentar rescatar el cuerpo...?

—No se atormente. Piense que quien sufría en las arenas no era Liz, sino una sombra de ella...

Kate se echó a llorar.

Lo necesitaba.

Algo la oprimía salvajemente en el interior de su pecho, necesitaba aquellos sollozos para liberar el horror concentrado que sentía. Y quedó de rodillas, estremecida, con un llanto hondo, que la relajaría. Ninguno de los dos hombres la molestó; comprendían la necesidad de aquel llanto.

Hasta que Drebbel la ayudó a incorporarse.

—Vamos, miss Eastman. Tomemos una decisión. Podemos hacer dos cosas. Una: regresar. Dos: seguir hasta el final.

Brattain musitó:

—Hasta el final... ¿Qué importa ya, sin embargo? Quedan ustedes dos... Su esfuerzo merece la recompensa que todos estamos buscando...

—Queda usted también, Brattain. Y... no olvide que en San Francisco le espera un niño...

Brattain cerró los ojos un instante; tragó saliva, se notó en el movimiento de su nuez.

Luego, miró aquel ombligo voraz.

Ni rastro... Ni rastro de Liz; para siempre allí...

Drebbel le obligó a volverse, y caminar.

Kate, con piernas de plomo, les seguía.

Kate no pudo evitar mirar hacia atrás, en torno, pero no vio a nadie.



ERAN como tres fantasmas, como tres seres huidos de sí mismos. No obstante, algo les animó, algo devolvió el brillo a sus ojos aquella mañana; fue el paisaje aquel cauce seco, con Vegetación en las orillas. Vegetación más pobre, menos brillante...

Las montañas estaban muy cerca y era fácil adivinar que el río Ucayali discurría sólo a unas millas de allí. No obstante, los tres estaban seguros: habían llegado al objetivo. Allí estaban los aluviones, la tierra seca, las cavernas... Era un cauce serpenteante, no muy grande, pero no había dudas de que por allí, un río, una vez, arrastró oro, depositando por fin en el suelo, en cavernas, en grutas...

Llegaron, poco después, a la vista de algo que les hizo respingar.

—Allí —señaló Drebbel con un dedo.

Lo veían.

El campamento de la expedición anterior.

Tres tiendas, en bastante mal estado; una de ellas se había derribado, por efecto, sin duda, de vientos y lluvias... Se veían otras cosas, que hicieron volver la cabeza a Kate, aunque el espectáculo era de esperar.

Se veían cadáveres por el suelo; asnos y hombres. Se descubrían varios asnos, y dos hombres. Las tiendas estaban plantadas cerca de unas cavernas; a sólo unas quince yardas. Por tanto, cabía poco margen para el error: era en aquellas cavernas donde Wenhoeck había hallado oro.

Tras el vistazo general, de resultados deprimentes, los supervivientes de la expedición iniciaron el descenso hacia el cauce seco, llegando poco más tarde, derrengados, silenciosos, a la acampada. La visión de los cadáveres, de más cerca, resultaba tanto más deprimente, por cuanto se notaban las huellas de la descomposición, y algunos eran sólo calaveras vestidas de caqui.

Brattain miró a Kate y musitó:

—Creo que es preferible montar nuestro campamento a alguna distancia de aquí, Kate.

—S-sí... Lo prefiero... Se lo agradecería...

Brattain miró en torno, y señaló a su izquierda.

—Estaremos bien bajo esas peñas; tendremos sombra, también. Vamos, Drebbel. Mientras montamos la tienda, Kate preparará algo para comer. Kate descansará luego, y nosotros echaremos un vistazo general a este campamento. La acción del tiempo, de esos tres meses transcurridos, se notará en muchas cosas... Bien, ya estamos sobre el terreno. Este es nuestro objetivo.

Se alejaron unas doscientas yardas. No obstante, Kate miraba continuamente hacia atrás, y hubo un momento en que se detuvo, observando la entrada de una de las cavernas, muy cercana al campamento de la expedición anterior.

—¿Qué es aquello, Drebbel? —inquirió.

Miraban todos.

De la gruta salía un humillo... Hilachas de humo, bastante denso, sin embargo, que luego se perdía en la atmósfera.

Se miraron entre sí.

Brattain murmuró:

—¿Puede ser algún superviviente que viva ahí dentro?

Drebbel, metido de lleno en el terreno de, sus conocimientos, de su especialidad, dudaba visiblemente. Dijo:

—No lo creo, Brattain. Más bien me parece que son emanaciones de gases del interior de la gruta... De todos modos, lo examinaremos. No es infrecuente hallar esas emanaciones... Y...

Pareció cambiar de opinión y no agregó más, si bien su gesto parecía de honda preocupación.

—Luego lo examinaremos —acabó por decir.

Con la colaboración de los tres, plantaron la tienda, acondicionaron los asnos, y mientras Kate se ocupaba de labores rutinarias de comida y demás, aquellos dos hombres, tras un breve descanso, tras haber fumado un cigarrillo, se encaminaban hacia el

campamento donde sólo había deprimentes cadáveres.

* * *

No sin cierta repugnancia, Brattain y Drebbel se acercaron a los primeros cuerpos. Para saber a qué atenerse con respecto al peligro que podían correr y que había hecho sucumbir a la anterior expedición, convenía realizar un examen de aquellos cuerpos.

—Lo primero, supongo —dijo Brattain—es comprobar si alguno de los cadáveres tiene señales de violencia... No... no puedo olvidar a Liz... Ella habló de la maldición del oro... No quiero obsesionarme, Drebbel, pero pudo ser que se mataran entre sí... Sólo espero para nosotros la suficiente serenidad.

Drebbel no hizo comentarios.

Con Brattain, se inclinó junto a un esqueleto.

Vacilaron un poco, pero había que examinarlo.

Muy desagradable, por cierto, pero aquel primer examen dio un resultado negativo, en cuanto a señales de violencia, dirigieron hacia el otro cadáver que estaba en la explanada, con el mismo resultado negativo, por lo cual, luego, los dos hombres, un tanto perplejos, se miraban.

—No ha habido violencia... —dijo por fin, Brattain.

—Eso parece...

Drebbel miró el humillo que salía de otra de las cavernas, pero luego miró las tiendas que permanecían en pie, y dijo:

—Echemos un vistazo a las tiendas.

Se encaminaron hacia la más grande de ellas. Brattain sabía que aquella correspondía al mando de la expedición; es decir, a Jonathan Wenhoek, el padre de Liz. Antes de entrar, vaciló un poco. Por fin, apartó lo que era puerta de lona, que estaba acartonada, a punto de resquebrajarse, a causa del sol, los elementos. Miró antes de entrar. Vio al hombre sentado en una silla de lona, con los brazos apoyados en una mesa y la cabeza en los brazos.

Brattain y Drebbel entraron, por fin. Así, de espaldas, aquel hombre sentado, como dormido, era identificable para Brattain, quien musitó:

—Es Wenhoek...

—Era Wenhoek, Brattain; está muerto.

—Sí...

Brattain avanzó. Se situó de costado al cadáver, le tocó un hombro, y el cráneo quedó a la vista, mondo, descarnado; dentro de las ropas caquis, algunos huesos debieron desprenderse, ya que el cadáver pareció deshincharse.

Bajo los brazos del cadáver, había papeles, documentos, mapas.

De momento, Brattain no tocó nada de aquello.

Miró en torno, y vio el catre, el saco de Wenhoek, y también el aparato emisor-receptor, que Wenhoek utilizó para enlazar con la avioneta estrellada.

—No sé si podremos averiguar lo ocurrido, Drebbel —murmuró Brattain— Como sea, estamos viendo que estos hombres morían. Sí sabemos que Wenhoek lanzó una llamada a la avioneta, para ser recogidos; y la avioneta se estrelló. Una expedición muy desafortunada, no hay duda... Estoy observando, por otra parte, que no se notan tampoco aquí señales de violencia... No hay sangre, ni manchas raras en las ropas de Wenhoek, ni las hemos visto los otros...

Drebbel asintió con movimientos de cabeza.

Miró en torno, y se acercó a la radio.

Brattain hizo lo propio, y tras un vistazo, trató de hacerla comunicar, con la misma frecuencia que tenía, aunque la llamada, de funcionar el aparato, no obtendría respuesta, ya que la radio enlazaba con la avioneta estrellada.

—No funciona —dijo Brattain.

Drebbel se humedeció los labios.

—¿Podría repararla, Brattain? —inquirió.

—Lo intentaré... Quizás sólo sean parásitos, o alguna pieza en malas condiciones...

—Esa radio es indispensable, Brattain —dijo Drebbel.

—¿Indispensable?

—Mire... llegar hasta aquí, ya ha supuesto un esfuerzo terrible... Compréndalo. Hemos dejado atrás muchas víctimas... Hemos sobrevivido nosotros tres, pero... ¿lo conseguiríamos a la vuelta? Nos acechan fieras, arenas movedizas, indios salvajes, asesinos y ladrones... Estamos cansados, Brattain...

—Está bien, Drebbel, no se preocupe; intentaré arreglar ese aparato, y reclamaré ayuda... en el momento oportuno. Piense, de todos modos, que esa ayuda nos llegará, probablemente, de Perú, y tendremos que dar explicaciones con respecto al oro...

—Lo sé, lo he pensado y... hay una solución: conformarse con menos. Digamos que lo sensato, es limitar un poco nuestra ambición... Necesitamos ese aparato, Brattain.

—Está bien. Me ocuparé de su reparación, si existen posibilidades. ¿Qué cree que debemos hacer ahora?

Drebbel se acarició la barba rojiza de dos semanas.

—Hay muchas cosas que ver aquí... —dijo— Pero vayamos por partes. Debajo del cadáver de Wenhoeck deben estar, entre esos papeles, los planos de las grutas que contienen el oro. Habrá que examinarlos. Luego, la radio...

—Creo, Drebbel, que deberíamos enterrar todos estos cuerpos. No será agradable para ninguno de nosotros trabajar en todo momento en torno a estos esqueletos... En suma, nos aguardan, de momento, los trabajos desagradables; trabajos de limpieza... ¿Manos a la obra?

—Sí, será mejor. Personalmente, me ocuparé de analizar esos humos que salen de las cavernas, intermitentemente.

—En efecto, es cosa suya. ¿Podrá analizarlos?

—Traigo un buen equipo.

—Magnífico. Voy en busca de herramientas. Supongo que no se molestarán si les enterramos en una fosa común. Antes de sepultarles, les registraremos, por si ocultaran algo en sus ropas. Imagino que en alguna caverna puede haber más cuerpos.

En verdad, empezaba un trabajo muy desagradable.

* * *

Y duro.

Al atardecer, los dos hombres estaban en su acampada, en el exterior de la tienda, fumando, estiradas las piernas. También Kate fumaba un cigarrillo. Kate se había ocupado de mantener las energías de los dos hombres. Pese al éxito que les sonreía, se mostraba silenciosa; era el cansancio, sin duda.

Drebbel, cuando terminó el cigarrillo, se puso en pie y desapareció llevando en la mano un maletín con su equipo.

Brattain y Kate siguieron allí, en calma, reposando.

—¿Podrá arreglar la radio, David? —inquirió Kate.

—La tengo ahí... —señaló el interior de la tienda— Le verdad es que no me atrevo a realizar un examen a fondo... Si la avería es irreparable...

Kate se movió un poco. Debería ver a Henry y pedirle instrucciones al respecto; en los planes de ambos figuraban preparados. Pero Kate, en verdad, se sentía presa del agotamiento. Por

otra parte, allí permanecerían días, quizás semanas, y sus fuerzas se normalizarían... Como fuese, interesaba a Kate hablar con Henry, por si éste ordenaba impedir que la radio funcionase; en tal caso, Kate tendría que arreglárselas, lo cual no sería un absoluto difícil, para robar una pieza y enterrarla...

—¿De qué han muerto? ¿No lo sabe aún, David? —inquirió.

—No...

—David... no soy una mujer cobarde... No quise ver el cadáver de Jonathan...

—Lo comprendería cualquiera, Kate. Ha sido mejor así. Por lo demás, estoy observando algo... he reparado en algo extraño...

—¿Qué es ello, David? —inquirió Kate.

Brattain miró en torno.

—¿Usted no lo observa, Kate? —inquirió.

—Pues... no sé a qué se refiere... —dijo, cauta, desconcertada Kate.

—Parece que nos encontramos en una especie de paraíso, en medio de la selva. Un paraíso sin serpientes... Ni siquiera podemos ver un miserable insecto; ni un mosquito... Nada. No hay vida animal aquí. Es muy extraño... A estas horas, en otras zonas de la selva, los bichos, insectos, mosquitos, zumban, se ven a miles... ¿Por qué aquí no?

Kate pestañeaba, sorprendida por aquella observación.

Miró con mayor atención en torno, entonces.

—Tiene razón, David... —murmuró— ¿Se le ocurre alguna explicación?

—No. Sinceramente no. Tal vez se trata de que estoy hipersensibilizado...

—No lo creo... Esto debe tener una explicación, David: debe obedecer a un motivo... La selva es cuna de miles de vidas...

No se inquiete, Kate. Drebbel quizás pueda explicar algo al respecto.

Sí... esperémoslo. Y... y estoy pensando en la expedición de Jonathan... Muertos todos sin violencia... Es... fantástico lo que se me ocurre, David: que este lugar no es apto para la vida...

—Contenga la imaginación, Kate. Nosotros respiramos, sentimos el aire estimulante... —Bien, es cierto...

—¿O nota algún síntoma raro, Kate?

—En absoluto.

Brattain soltó un suspiro.

—Creo que iré a trabajar un poco —dijo— Tengo que poner en orden mi "diario". Hoy tengo muchas cosas que anotar. La llegada, el descubrimiento de los cadáveres, el entierro... Mañana me ocuparé de la radio, y cuando tengamos el campamento a nuestra disposición, examinaré todos los papeles de Jonathan, para saber en qué cavernas de esas se encuentra el oro... Lo raro es no haber hallado muestra alguna. Debían conservarlas en las cavernas...

Se puso en pie y penetró en la tienda. Había oscurecido y encendió la lámpara de carburo.

Kate, entonces, a solas en el exterior, pensó que podía una vuelta. Lo más probable era que Henry estaría vigilante y se acercaría a ella, pero le parecía imprudente, mientras Drebbel estuviera ausente de allí... Era mejor cuando ambos durmieran.

Muy impaciente, nerviosa, pensaba en aquella radio; una llamada de Brattain que fuese recogida, podía hundir muchas cosas.

Aún tardó Drebbel casi una hora en regresar. Caminaba muy rápido, estaba pálido, destacaba su palidez en la noche. Cuando llegó junto a Kate, dijo:

—Miss Eastman, conviene recogerlo todo y empezar a dismantelar este campamento, dese prisa.

—Pero...

—Pase. Hablaremos un instante.

Kate, asustada, siguió a Drebbel al interior de la tienda. Brattain había oído algo, y alzó la mirada, dejando de escribir en su "diario".

—¿Qué sucede, Drebbel? —inquirió.

—Bien... Lo he descubierto, Brattain. Ese humillo que hemos visto salir de algunas de las cavernas es el responsable de todo. Ya anticipé mi convicción de que eran gases... Ahora, he descubierto que se trata de emanaciones deletéreas, mortíferas, a mayor o menor plazo. Esa es la causa de la muerte de todos los miembros de la expedición de Wenhoek. Inhalaciones de esas emanaciones... Por lo visto, no produce síntomas, hasta que se produce él desenlace... Es obvio, Brattain, que hay que salir de aquí inmediatamente.

Brattain se puso en pie.

Estaba desenchajado, como Kate. Y la miró.

—Debimos observar antes la ausencia de vida en esta zona... —musitó— Pero, Drebbel, ¿comprende lo que no propone? Abandonarlo todo después de... de...

—No, no... No se precipite, Brattain —cortó Drebbel— Creo que podré encontrar el medio de anular los efectos de esas emanaciones deletéreas. Por lo pronto, urge salir de aquí. Y... usted lo ha

mencionado Brattain; nos instalaremos en un lugar donde haya bichos, insectos, o serpientes, no importa. Donde haya vida, no correremos peligro por lo que respecta a esas emanaciones. Urgente.

—Comprendo... ¿Dispuestos a dismantelar este campamento?

Vamos —dijo Drebbel— Por otra parte, no creo que debamos alejarnos excesivamente de aquí. Menos de media milla... Será un poco molesto realizar ese recorrido a diario, varias veces, pero no hay modo de evitarlo.

—Diga, Drebbel: ¿cómo piensa anular ese peligro?

—Pues... con filtros.

—¿Filtros?

—Será algo tosco, pero espero que eficaz; yo tengo en el equipo rejillas esterilizadas; quemaremos leña hasta conseguir carbón y con hierbas, carbón y las rejillas, detendremos esos gases. Cada vez que vayamos a las cavernas deberemos cubrirnos con esas mascarillas. Además, en todas las cavernas hay gases... Entre los papeles de Jonathan Wenhoek hallaremos, creo, un detalle de esas cavernas, y de los progresos efectuados para la extracción del mineral.

—Estoy pensando en esos filtros, Drebbel...

—Son eficaces; lo garantizo. Seré el primero en usarlo. Las rejillas, con el carbón, y las hierbas, evitarán el peligro.

Pusieron manos a la obra.

Resultaba fastidioso el cambio del campamento, y mucho más el lugar elegido... lleno de bichos de todas clases; allí volvían los malditos mosquitos, a millares, con su zumbido espantoso; de nuevo la humedad, incomodidades...

Por lo demás, el silencio entre ellos era significativo: temían estar ya contaminados. En cuanto a los planes para día siguiente, se limitaban a quemar leña, obtener carbón y las hierbas precisas y fabricar las máscaras con filtro.



PARECIAN extraños seres, con rústicas máscaras.

Pedazos de tela, cosidos por Kate, con tiras que las aseguraban a la cabeza con una abertura en la boca, donde se veían las rejillas, abultadas por el carbón y las hierbas que harían de filtro, reteniendo los gases.

Los tres, ya a media tarde, tras haber realizado todos los preparativos, se encaminaron al campamento de las cavernas. Brattain llevaba un plano en la mano, y seleccionó una de las grutas, sin aparentes emanaciones, lo cual no impedía que se tomasen todas las precauciones necesarias ya que todo el ambiente estaba contaminado.

La voz, tras el filtro, sonaba bastante rara:

—Por lo que he examinado hasta ahora, deduzco que esta caverna fue la que mayor atención requirió por parte de Wenhoeck —decía— Echaremos un vistazo. Breve. Habrá que comprobar, a continuación, la eficacia del filtro.

—¿Cómo? —inquirió Kate.

Lo dijo Drebbel:

—Regresaremos a nuestro campamento, y dejaremos los filtros en tierra, en cualquier, sitio. Estarán bajo observación; si vemos que los

insectos merodean cerca, o encima, tendremos la seguridad del éxito del filtro.

Kate asintió con movimientos de cabeza. Convincente.

—¿Vamos? —inquirió Brattain.

Un poco inquietos, se decidieron a la aventura. Brattain iba delante, linterna en ristre. Cada uno llevaba la suya, de todos modos, y pudieron moverse con la claridad de los potentes focos, sin demasiadas trabas... como no fuese aquellos dos cadáveres con los que tropezaron a escasa distancia de la abertura de la caverna. Había herramientas, faroles, pertrechos, sacos... Todo lleno de polvo; no se distinguía el menor brillo. La caverna era de ambiente muy seco, y notaban cierta dificultad en la respiración.

Nada demasiado alarmante, sin embargo, por lo que siguieron internándose por la áspera gruta, antes enterrada en el lecho de un río. Además, la caverna se bifurcaba, en tres galerías caprichosas, sin el menor concierto, debido a la ciega obra del agua.

Había polvillo, aunque a veces se notaban detalles indicadores de que en algunas paredes los picos había entrado en acción. Una de las paredes mostró cierto brillo, y las tres linternas, con ansiedad de sus poseedores, se fijaban en aquella pared brillante...

—¿Aquí? —se oyó, muy ahogada, resonante la voz de Drebbel.

—Podría ser... Han estado trabajando... El brillo puede ser una indicación... Es oro mezclado, si hemos acertado... Creo que convendría retirarnos. Es preciso probar la eficacia de los filtros, e iremos investigando en otras cavernas. Esta, de todos modos, parece ser la más importante. Trabajaremos aquí, y analizaremos el material que consigamos arrancar.

—De acuerdo —dijo Drebbel— Salgamos.

* * *

Era un alivio ver a aquellos raros insectos pasear por las máscaras, por los filtros.

—Lo hemos conseguido —dijo Drebbel— Deberemos disponer de muchos de esos filtros. Tan sólo hemos de recuperar las rejillas, y esterilizarlas de nuevo, puesto que sólo tengo un número limitado de ellas. Carbón y hierbas disponemos en abundancia. Magnífico... ¿No les parece?

El entusiasmo de Drebbel cundió un poco.

Ya brillaban más aquellos ojos.

—Por esta noche, a descansar —dijo Brattain— Mañana, emprenderemos el trabajo en serio. A golpes de pico contra las rocas y usted, Drebbel, a trabajar con sus aparatos analizadores... Y suerte.

Puesto que la expedición, sus restos, se habían estabilizado ya, se habían plantado dos tiendas; una para Kate, y la otra para compartir por Brattain y Drebbel. Los dos hombres pasaron a su tienda y Kate a la que le habían designado.

Kate encendió su lámpara de carburo y se sentó en un asiento de lona, quedando con el rostro entre las manos, pensativa, nerviosa. Se trataba de esperar que aquellos dos hombres se durmieran. Era imprescindible ver a Henry.

Con la luz, lo único que hizo fue preparar una especie de pequeño paquete, y ponérselo entre la sahariana y la blusa. Apagó la lámpara y se dedicó a esperar. El tiempo parecía una losa cada vez más pesada que se veía obligada a soportar. Ya no había luz tampoco en la tienda de aquellos dos hombres, pero Kate quería asegurarse de que estaban dormidos. De todos modos, estaban sobre el terreno, y Henry tomaría ya sus decisiones finales, pero ella no quería correr riesgos innecesarios.

Prolongó la hora muy prudentemente, y luego, moviéndose con sigilo, apareció en la puerta de la tienda. No había obstáculos. Salió. Echó a andar, dejándose ver en el claro, para esperar.

—Kate...

Suspiró.

Allí estaba, entre unos matorrales, cerca del campamento. Kate se dirigió al encuentro de Skelton; se sintió mucho mejor cuando le rodearon los brazos del hombre, cuando la besaba...

—Kate ¿qué hacéis? ¿Qué significan esas máscaras, y...?

—Henry... ¿has estado dentro de las cavernas?

—No...

—Lo había temido... Todo el campamento anterior está contaminado por gases, por emanaciones mortales; eso explica el fin de la expedición de Wenhoek. Las máscaras son filtros fabricados por Drebbel, muy eficaces comprobado. Toma...

Kate extrajo el bulto que llevaba bajo la sahariana y le tendió a Skelton.

—Utilízala, Henry, es vital —agregó.

—Bien...

—¿Nos has visto esta tarde?

—Sí, os vi entrar en una caverna.

—Esa es la elegida, de momento, para trabajar. Mañana, las diez en punto, Brattain estará allí. Extraerá muestras para que Drebbel las analice...

—Yo también puedo hacer eso, Kate. Ya no necesitamos a Drebbel. Ha hecho un buen trabajo con los filtros...

—Henry... no me expliques tus nuevos planes... No me digas más. Haz lo que creas conveniente, pero no quier saberlo... Henry... ¿qué pasó con Liz? ¿La empujaste a las arenas...?

—Fue algo más sutil —rezongó Skelton— Olvídalo.

—Sí... No sabía si fuiste tú... Era... era tan horrible...

—Dime, Kate: ¿te repugna algo de mí ahora?

—No... No digas eso...

—Dejémoslo, entonces. Mañana, Kate, habrá un nuevo accidente...

Ella le atajó, besándole en los labios.

—No digas más, Henry...

Volvieron a besarse.

Brillaban como hogueras los ojos de Kate Eastman.

—Tendremos que separarnos ya, Kate... —susurró Henry— Antes, dime; ¿funciona la radio?

—No aún. Olvidaba decírtelo... ¿Qué hacemos? Brattain dice que podrá repararla. ¿Lo impido? No sería muy difícil para mí.

Skelton reflexionó unos instantes.

—No, no, Kate... Que la repare. Tal vez podamos necesitarla nosotros. Esperemos que no ocurra nada, estando ya a solas tú y yo, pero la selva es traidora... Podemos tener dificultades en un momento dado, y la radio es un setenta y cinco por ciento de la garantía de sobrevivir.

—Lo que tú digas, Henry...

De nuevo se besaban. Kate, estremecida, notaba en su rostro la áspera y larga barba del hombre; aquel sutil asesino, despiadado, monstruoso... Pero ella tenía que comprender que era cierto: pertenecían a la misma carnada. Eran de una especie diferente... Monstruos de una especie diferente... Importaba el oro, los millones, la riqueza, el poder, la comodidad, gozar en la vida...

—Vete ya, Kate —dijo Skelton.

—Sólo... sólo una cosa, Henry... ¿Mañana ya... estaremos solos? —inquirió en susurros, Kate.

Skelton esbozó una sonrisa. —Mañana estaremos solos —musitó.

Y se iba.

Kate siguió aquella sombra con la mirada unos instantes. La perdió de vista en menos de un minuto. Entonces, con las mismas precauciones que adoptó para salir de la tienda, regresó a ella, sin que, al parecer, aquellos dos hombres se hubieran despertado, ni notado su ausencia.

* * *

Cuando Kate, ya con el sol rojizo penetrando entre el ramaje; salió de la tienda fresca, descansada, Drebbel estaba frente a su propia tienda, preparando filtros.

—¿Y Brattain? —inquirió Kate.

—Ha ido a la tienda de Wenhoeck. Retirá todos los papeles y documentos que vea. De este modo, podrá recopilar aquí los datos que nos interesan. Luego, a las diez, irá a la mina... a la caverna —sonrió Drebbel, también más animado.

—¿Tengo algún trabajo específico? —inquirió Kate.

Drebbel la miró a los ojos.

—No... No, Kate —dijo, en murmullos— Usted es... muy valiente. Creo que... aunque usted tal vez no lo recuerde... Usted y yo descubrimos, hace unos días, una expresión en el rostro de Brattain... Algo que sé refería a usted.

—No sé de qué me habla—dijo Kate.

—Kate... ¿Quiere sentarse?

Kate vaciló. Por supuesto, entendió de inmediato que Drebbel, de pronto, quizás, sentía interés por ella. En efecto la mirada de Drebbel era la de un hombre ante una mujer hermosa, a la que admira... por lo menos; además, por otras razones.

Kate se sentó frente a Drebbel.

—¿Tiene algo que decirme? —inquirió.

—Soy... más bien tímido, Kate... Y lo que diga ahora, usted creerá que es producto de las circunstancias. Usted puede creer que... que lo que sucede es simplemente por la soledad en que nos encontramos. Dos hombres, y una mujer...

—No le entiendo muy bien, Drebbel.

El hombre la miraba con mucha fijeza.

—Kate... seremos ricos, ¿verdad?

—Es lo que estamos esperando.

—Digamos que mutuamente no nos necesitaremos.

—Pues... no. No creo. No en un sentido material, al menos.

—Eso es... No obstante, un hombre y una mujer no sólo se unen cuando se necesitan.

—¿Me propone algo, Drebbel? —sonrió Kate.

—Quisiera hacerlo —musitó aquel hombre.

—¿Por ejemplo?

—Podríamos casarnos, de regreso a la civilización.

Kate seguía sonriendo.

—¿Qué responde? —inquirió Drebbel.

—No se precipite... Una mujer debe pensar la respuesta, cuando se trata de una proposición de matrimonio, Drebbel.

—¿Puede llamarme Edward?

—¿Por qué no... Edward?

—Kate... usted es... valiente, hermosa...

—Me halaga, Edward, pero tal vez más apta para la vida salvaje que para la civilizada.

—Viviríamos salvajemente, entonces. Soy geólogo... Puedo ser un viajero eterno... Podríamos serlo, Kate. Podemos permitirnos la vida que más deseemos, la que más encaje de acuerdo con nosotros mismos... Yo jamás le pondría trabas.

—Lo pensaré, Edward.

—Hágalo pronto, Kate. Yo... la necesito ahora, ahora... ¿Comprende?

—Prefiero no precipitarme de todos modos.

—Kate... a veces, me ha parecido qué usted es un poco cruel. Incluso fría, pese a... a sus ojos, a esa pasión que encierran...

—Me ha observado bien, Edward. Tengo la impresión de ser un cristal raro bajo su microscopio.

—No es eso... No la he estado observando como usted cree; me he estado enamorando...

Kate iba a decir algo; pero percibió un rumor.

—Llega Brattain —murmuró, mirándole.

Se alegró.

La llegada de Brattain cortaba aquella conversación que la fastidiaba un poco. Drebbel era un miserable sapo... No. Debía ser justa. Drebbel, en definitiva, había demostrado ser un hombre íntegro, con el pecado del hombre: ambición. Pero en ningún momento había perdido la cabeza; siempre estuvo a la altura que se le podía exigir.

Justicia para Drebbel, de acuerdo, pero a ella le seguía fastidiando aquella palabrería de amor.

—Algo ocurre —dijo Drebbel.

Kate ya había reparado en ello.

Llegaba Brattain, y ella se alegraba... Tal vez iba a tener motivos para lamentarlo amargamente, muy amargamente...

Brattain llegaba desencajado. Casi era irreconocible su rostro. La máscara con el filtro sobre el pecho; se veían sus ojos, llenos de lágrimas, y papeles y libros, parecían libros, en sus manos. Lloraba, sí. Un llanto raro. Unas lágrimas que le irritaban... Y cuando estuvo frente a Kate y a Drebbel, Brattain, de súbito, se echó a reír. Una risa aguda, jadeante, producto de una histeria incontenible.

Risa histérica, lágrimas, temblor.

—David... ¿qué sucede'? —inquirió, alarmada, Kate—

¿Acaso los gases han...?

— ¡Los gases...! —chilló, estridente, Brattain— ¡Los gases...!

Y volvió a reír.

Drebbel le miraba con fijeza, tratando de comprender por sí mismo, pero era inútil.

La actitud de Brattain cambiaba con rapidez; risa, llanto, furia...

—Explíquese, Brattain —pidió Drebbel.

—Sí... Pero hay cosas que se explican por sí solas...

* * *

La mente de Kate Eastman era un caos. Tal vez un volcán que amenazaba erupción.

Estaba sola. No sabía por qué, ni cómo, estaba sola. Todo lo que había visto y oído se mezclaba en su cerebro, hasta el momento muy sólido. Sus crisis de terror habían pasado al olvido; todo, para ella, estaba claro... Pero Brattain... el maldito Brattain...

Kate estaba sola, y caminaba, además, hacia el campamento de la expedición de Wenhoeck.

Con la máscara, claro. El filtro era indispensable para vivir, para seguir viviendo, para seguir notando el volcán en actividad en el interior de su cráneo.

Kate necesitaba imperiosamente hablar con Henry.

Urgía.

Por simple intuición, Kate creía poder encontrar a Henry en la caverna principal. Kate estaba convencida, aunque no quiso conocer los planes de Henry, de que éste había señalado como nueva víctima a Brattain. Y la propia Kate se encargó de decirle dónde estaría Brattain a las diez de la mañana. Para Kate, pues, no había misterio; Henry estaría en la caverna, en espera de Brattain, para matarle.

Y Kate tenía que verle.

Ya estaba en la caverna. Ni siquiera llevaba linterna. Pensó retroceder a buscar una, pero lo consideró innecesario; allí no había más peligro que las posibles emanaciones deletéreas, pero iba cubierta sobre tal riesgo.

Se metió en la caverna.

A oscuras.

Le bastaría llamar.

No tenía miedo. ¿Qué podía temer?

Avanzó; al principio, la claridad del exterior la guiaba. Luego, pasó a la zona que iba oscureciéndose.

Le bastaba llamar, sí.

—Henry...

Su voz sonaba apagada, desfigurada.

Tenía que gritar más, claro.

—¡Henry...!

Silencio.

Avanzaba con lentitud.

—¡Henry! —gritó, con mas fuerza.

Ry... ry...

Le caía polvillo encima.

No podía quitarse la máscara para que Henry reconociera su voz. Tenía que estar allí... Claro que también era posible que Henry hubiese pensado otros planes. Podía estar en cualquier otro lugar; antes, ella se cercioraría.

Ningún miedo. ¿Qué podía temer?

—¡Henry!

Y Kate tuvo suerte, por fin.

Allí estaba.

Henry la había reconocido sin duda, y se encendió una luz; una luz muy débil, pero suficiente para que Kate pudiera guiarse, y tomar el desvío de una de aquellas galerías.

—¡Henry, pronto, tenemos que hablar!

Se oyó una voz.

—Adelante, Brattain, estoy aquí.

Y una risa.

Kate se detuvo.

—Henry, soy yo... —dijo.

—Aquí estoy, Brattain, donde la luz. Pase, no tema...

Kate no entendía nada.

—¡Soy yo, Henry! —gritó con fuerza.

—Adelante, Brattain.

Kate, por fin, asustada, sin entender qué estaba sucediendo, se encontró al final de aquella bifurcación que había tomado, guiándose por la débil luz. No había salida, no había más hueco; allí terminaba el camino.

Y Henry no estaba allí.

—Supongo que está sorprendido, Brattain... —era la voz de Henry.

Kate tenía que descubrirlo; en un saliente de roca, estaba el aparato; un magnetófono, que desgranaba las palabras de Henry. En cuanto a la luz, era una simple bujía conectada al aparato, que se había encendido al ponerse éste en funcionamiento, lo cual indicó a Kate que estaba regulado con un dispositivo de tiempo.

Magnífico ingenio de Henry... Sólo que era ella, Kate, la que estaba allí, y no Brattain.

—Creo que he encontrado un ingenioso sistema para acabar contigo, Brattain. Parecerá un accidente. Uno más, de mi lista. Este magnetófono ha sido colocado muy temprano esta mañana; aún dormías. Me gusta preparar las cosas con tiempo. He querido dedicarte unas palabras de agradecimiento, antes del final. No me queda mucho tiempo; la bujía se apagará y... A lo que íbamos. Gracias por todo, Brattain. Seré el amo del oro, de la fortuna. Me corresponde. ¿O acaso tener un cerebro privilegiado no significa nada?

Kate miraba en torno.

—Henry... —llamó inútilmente.

—... todo calculado. Quedan tres segundos para que la bujía se agote, y otros tres para el final... Lo lamento pero era necesario.

Se apagó la bujía.

Kate a oscuras, sintió, de pronto, un terrible acceso de pánico.

Tres segundos para el final.

¿Qué final?

— ¡Henry! —gritó, aterrada.

Inexorable reloj, inexorable tiempo.

Kate retrocedía, a oscuras, con el cerebro velado por el miedo.

Tres simples segundos.

Luego, ocurrió.

Fue algo en verdad espantoso.

Una tremenda explosión, que conmovió la caverna, que llenó el ámbito de esquirlas de roca, de metralla, de muerte... Polvo, telarañas, desprendidas del techo y las paredes, algunas con oquedades oscuras.

Fue lo último que vio Kate; el resplandor de la explosión.

Realmente un ingenioso medio de acabar con Brattain, pero...

No. No era Brattain.

* * *

El hombre estaba lejos; prudentemente lejos. Sólo estaba atento a su reloj. Lo demás no le importaba. A las diez y diez, como había calculado, todo estaría listo. Se estaba bien allí, a la fresca sombra, sin conceder importancia a los mosquitos, ni a una desdentada y vieja serpiente que había huido de él...

Y la explosión le hizo sonreír.

—Adiós, querido Brattain... —murmuró.

Se puso en pie.

Tenía que caminar un poco, para llegar a la vista del campamento, de las cavernas. Claro que la explosión no debía haber afectado la configuración de aquella caverna, era débil para éso. Pero lo importante eran los destrozos que quedaban dentro.

Echó a andar. Ben, salía humo, y polvo... Claro; la onda expansiva expulsada al exterior gases, humos, polvo...

Sólo quedaba la trampa final, contra Drebbel; ya fácil, sin importancia. Le esperaba muy cómodo en una de las tiendas del campamento de Brattain. Y fue allí.

No parecía haber nadie, pero Kate debía estar... En aquella tienda, claro.

Así que asomó, diciendo:

—¿Cariño?



CAPÍTULO

LUEGO, la voz se le fue, su sangre quedó helada. Sentado en un rincón mirándole casi como si no le viera, con una indiferencia que nada tenía de fingida, estaba Brattain. Los dos hombres se miraban, con muy diferentes expresiones. Por parte de Skelton horror, asombro, incompreensión... Por parte del otro, de Brattain... nada. Nada.

Aún duraban los ecos de la palabra "cariño".

Brattain murmuró.

—Perdona que te decepcione con mi escasa sorpresa, Skelton.

—Pero... ¿lo sabías? —inquirió, ronco, Skelton.

—No... No, no. Lo sé ahora, al verte. Entonces, Liz estaba en lo cierto; no estaba loca. Su muerte entonces, fue mucho más cruel, con la mente lúcida.

—¿Dónde está Kate? —cortó, muy pálido aún, Skelton.

—No sé... Cada uno ha buscado la soledad por un lado.

—¿La soledad? No comprendo, Brattain... ¿Por qué la soledad? Tú deberías estar en la caverna.

—Pues estoy aquí. Ignoro dónde están Kate y Drebbel... Tal vez la explosión que he oído tiene algún significado con respecto a ellos.

Skelton, cada vez más alarmado, dio unos pasos hacia Brattain. No entendía aquella actitud de desaliento total, de una indiferencia que no encajaba allí, tras todos los sucesos. Brattain, obviamente, ya

sabía quién era el asesino; ya sabía por qué habían caído, uno a uno, de modo inexorable, los miembros de la expedición. No obstante, sólo le miraba de un modo vacuo.

Además, la ausencia de Kate, aquella explosión... No era raro que a Skelton se le humedecieran las sienes, la frente, el cuello.

—¿Qué os ha ocurrido? —inquirió— ¡Responde! ¿Qué pasa? No logro entender esta actitud, Brattain. He venido a arrebatáros el oro. He venido a...

—Sí... Eso se imagina con facilidad, Skelton —cortó Brattain— Muy bien... Parece que lo has conseguido, ¿verdad? Todo el oro pasará a tus manos. Magnífico... Has sido astuto, valeroso, hay que admitirlo... Nos has estado siguiendo, por caminos difíciles, en soledad, matando... Claro, es imposible no dejar suelta la imaginación. Halder primero; le despeñaste, seguramente.

—Sí. Pero quiero saber.

—Luego, el desdichado Germán; le debiste lanzar la "coralillo" —siguió Brattain, sin hacer el menor caso de la interrupción de Skelton. A Gatling la flecha, estrangulaste a Minaya... En cuanto a Liz... Eso no voy a perdonártelo, Skelton... No, no... Eso no. Y como supongo que lo que de verdad te importa es el lugar donde está el oro, lee esto, te interesará.

Brattain tendía una libreta de tapas duras a Skelton, y que mostraba mucho recelo, desconfianza.

—¿Qué es? —inquirió.

—El "diario" de Jonathan Wenhoeck. Para resumir, para abreviar, es mejor que leas la última página, Skelton... Esa...

Skelton le arrebató el "diario" a Brattain.

Con la zurda; la diestra la ocupaba en aquellos momentos con una pistola automática, que estaba apuntando a Brattain, sin que éste diese muestra alguna de temor. Brattain era un hombre extrañamente apagado... Como si algo se hubiese borrado de su cerebro; como si ya no supiera lo que era la ira, el rencor, la desesperación, el horror...

Skelton, extrañado, empezó a leer; quizás era la página que menos letras contenía. Un día de pocas cosas que anotar en el "diario" al parecer.

"12 de enero de 1972".

"Quizás no he debido hacerlo. Es una cobardía por mi parte. Una gran mentira. Lo sé bien. Pero mis hombres han caído en su mayor parte; estoy

casi solo. Conozco a la Humanidad, y sé que sin esta mentira, nadie, nunca, saldría en auxilio nuestro. Dios me perdonará.

He recibido el mensaje de la avioneta, y nos buscan. Ahora, tengo que prepararme para recibirles. No sé cómo les explicaré mi mentira. ¿Cómo decir que no hay el menor vestigio de oro? Pero sé que de otro modo, nadie, nunca, nos hubiese ayudado. Sólo con el señuelo del oro puedo atraer ayuda.

Quizás sea excesiva desconfianza a mis semejantes, pero, desgraciadamente, tengo casi sesenta años de dolorosas experiencias. Sólo resta esperar y desear que mi mentira no haga demasiado daño".

Breve sí.

Muy breve.

Tanto, que Skelton, con un color gris extraño en su rostro, aún brillando a causa del sudor, leyó aquella página del "diario" de Wenhoek no menos de seis veces seguidas.

— ¡Mentira! —aulló, de pronto, lanzando la libreta contra Brattain, quien tampoco se alteró entonces— Mentira, Brattain. Esto lo has escrito tú.

—Sabes que no, Skelton... Conoces muy bien la letra de Jonathan —dijo Brattain.

Skelton tenía la boca torcida, soltaba una especie de espumarajos de rabia, que quedaban en su barba. Se inclinaba hacia adelante, incluso, como si le hubieran colocado un enorme peso en la espalda.

Durante más de un minuto, estuvo mirando con terrible fijeza a Brattain.

Los dos en silencio.

Lo más perceptible era el alterado resuello de Skelton.

—No puede ser... ¡No es posible! —aulló Skelton— Tiene que ser una broma tuya.

—¿De veras crees que tengo tan desarrollado el sentido del humor, Skelton?

Skelton tragó saliva.

—Esto no puede ser verdad... Kate no lo sabía, me lo hubiera dicho. Y si no lo sabía Kate, tú tampoco. Nadie, Se lo hubieseis dicho, puesto que no desconfiabais de ella.

—Sólo hace una hora o algo más que lo sabemos, Skelton. He encontrado el "diario" esta mañana... Llegué y di la noticia... No tenemos ya nada que hacer aquí. Nada.

—¿Dónde está Kate? —aulló Skelton.

—Lo ignoro.

—No te creo... Me estás tendiendo una trampa, Brattain.

—Es por completo innecesario, ¿no lo comprendes? ¿Para qué voy a tenderte una trampa? Más o menos, me hago una idea de lo que estás sintiendo, Skelton... Todo ha sido inútil. Todo, ¿no es monstruoso? Tus crímenes, tu ambición... y la nuestra, claro... Pero la sangre la has vertido tú, por nada. Todo se ha perdido en el vacío. Días de selva, días de angustia, de terror a veces, de locura... Y el oro brilla por su ausencia. Jonathan conocía bien a los humanos, no hay duda... Sólo que no debió mentir. Alguien, ¡quién sabe! , le hubiese prestado ayuda igualmente.

—El maldito... Maldito sea un millón de veces.

—Modérate, Skelton. Tú has hecho algo bastante peor.

—¿De veras? —masculló Skelton, mirando de soslayo a Brattain— Pues aún no he terminado... Os mataré, y buscaré a Kate. Una vez hayamos...

—No le será fácil encontrar a Kate, Skelton. ¡No se mueva!

Y el cañón del rifle que empuñaba Drebbel, quedó empotrado en la espalda de Skelton; el sudor le pegaba la ropa al cuerpo; la incredulidad, el súbito miedo, le tenían rígido. Obedeció lentamente la nueva orden de Drebbel.

—Arroje la pistola al rincón... Allí, eso es... Vaya hacia el fondo de la tienda.

Luego, Skelton se volvía, para mirar alternativamente a Brattain y a Drebbel, quien seguía con el rifle entre las manos, como Brattain, Drebbel parecía un hombre sin aliento, vencido, sin brillo en los ojos. No obstante, Drebbel dejaba que sus labios temblasen de ira; así, sólo así, mostraba su tensión interior, lo que le corroía.

—No sé qué fue a hacer Kate a la mina, pero la vi entrar, poco antes de que se produjera la explosión, cuyas causas ignoro... —dijo Drebbel.

—¿Por qué miente? —susurró, encogido, como un gusano, Skelton.

—¿Y por qué había de mentir, Skelton?

—Kate no podía estar allí. Ella sabía que yo estaba tendiendo una trampa... Ella no sabía exactamente qué, pero...

—Debió ir a avisarle de lo que ocurría con... con el oro... Lamentable, ¿verdad, Skelton? Hace apenas dos horas, pedí en matrimonio a Kate... Curiosa vida... ¿No le parece? Entiendo que Kate ha caído en una trampa que usted tendió a Brattain o quizás a mí...

— ¡Hay que salvarla, hay que...!

—No se mueva. Es tarde ya. Y aunque no lo fuese, dudo que Kate merezca mejor suerte que usted.

Skelton quedó quieto, como un muñeco de yeso.

Su mente parecía saltar en pedazos; pedazos que se estrellaban contra un muro doloroso, de la incomprensión, la tragedia, la mentira... La inutilidad de todo. Todo eran estallidos, todo... Estallidos con imagen. Ora Minaya, muriendo... Ora el rostro de Liz, antes de hundirse, antes de él abandonar la zona de arenas movedizas... Ora la "coralillo" rodeando a Germán... Ora a Halder, despeñándose, empujado... Y, sí... El oro brillaba... ¡Qué brillo más hermoso! Pero algo le enturbiaba; sangre, sí... Era sangre. Y luego, sólo quedaba la sangre. Sólo algo turbio, caliente, viscoso.

—Brattain, ¿cómo va eso de la radio? —preguntaba Drebbel.

—Sí, funcionará sin dificultades—musitó Brattain.

—Llame, entonces... A quien sea. Yo... yo no tengo fuerzas para desandar el camino; ese camino que nos ha traído aquí. ¡No quiero recorrerlo de regreso, así, con el fracaso a cuestas! Llame, Brattain, que alguien nos busque.

—Sí, Drebbel, no se preocupe.

—Voy a matar a Skelton; como a una alimaña. Brattain miró con fijeza a Skelton; luego, a Drebbel.

—No lo haga, Drebbel —murmuró— Lo llevaremos con nosotros...

—Imposible. Le tratarían como a un ser humano, Brattain —dijo, entre dientes Drebbel.

—Eso es cierto... pero diga, ¿nosotros dos, usted y yo, no somos seres humanos? ¿Lo hemos perdido todo en esta expedición? ¿Todo?

Drebbel vaciló; pestañeaba. Había un brillo sucio en sus ojos rojizos, como el cabello y la barba.

—Está bien, llame.

—Sí... Dejemos que juzguen a Skelton.

—Hay algo que no me gusta, Brattain —dijo Drebbel— La... la historia de esta expedición debería quedar enterrada... ¿Lo entiende?

No hay oro, no había en nosotros más que ambición al ponernos en camino; sólo ha quedado una trágica burla... ¿Qué diremos? ¿La verdad? ¿Qué éramos sólo unos hombres ciegos en busca de lo que no existía? Es grotesco, absurdo, cruel... Preferiría, repito, enterrar esta historia para siempre. Y en un juicio, todos deberíamos decir la verdad. No me gusta esta verdad.

Brattain acabó por encogerse de hombros.

—Haga lo que quiera... —dijo, con un hilo de voz.

Quien no parecía estar muy de acuerdo era Skelton.

No. Ni morir allí, ni ser juzgado.

Además, aún no podía creerlo. Todo era mentira. Una patraña de aquellos dos hombres, para hundirle... No era cierto que no hubiese oro; no era cierto que Kate hubiese entrado en la mina antes de la explosión. ¡Claro que no era cierto!

Kate no podía estar muy lejos.

Y Kate sí le diría la verdad. Kate, sí.

Y actuó.

Fue un buen salto, que le dejó junto a Drebbel, a quien empujó, apartándole de la salida de la tienda.

Skelton salió. Drebbel detrás de él.

Tan sólo quedó en la tienda Brattain.

Brattain oía las voces; más que voces humanas, gritos de fiera.

— ¡Kate! ¡Kateeee!

El grito se alejaba.

De pronto, dos estampidos de rifle, muy seguidos.

Cesaron los gritos; ya nadie llamaba a Kate.

Para Brattain, fue una eternidad el rato que tardó Drebbel en aparecer en la tienda de nuevo, arrastrando un rifle, con la expresión nublada, muy pálido. Durante varios minutos, ninguno de los dos pronunció una sola palabra.

Sólo Drebbel se movió un poco, para dejar el rifle.

Luego, miró a Brattain, y habló roncamente.

—No espere más, Brattain. Y-yo... yo no puedo soportarlo. Llame... Llame. Localice a quien sea... No podemos seguir así. No quiero seguir aquí.

Brattain se movió, entonces.

La radio. Allí estaba, sí; funcionaría con facilidad. Una avioneta iría a recogerles... si no se estrellaba antes.

Drebbel... ¿Y Skelton? —inquirió Brattain.

— ¡Qué importa Skelton! Yo... yo no había matado a nadie, Brattain... No hubiera querido hacerlo. ¡Llame de una vez!

Brattain empezó a manipular.

Drebbel jadeaba.

Se sentía desfallecido, como el propio Brattain. Dos hombres agobiados por el peso del más rotundo y trágico fracaso.

—Responden... —susurró Brattain.

FIN

• JEAN •



Concesionarios
exclusivos en America

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145 - USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A. Ptas.

PINTO (Madrid)

12